

EXTRAÑO VISITANTE

GEORGE
H. WHITE



Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

JOSE
LUIS



George H. White

EXTRAÑO VISITANTE

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

La luz de la luna daba de lleno sobre el cartel que coronaba el alero del porche.

“NAVAJO INDIAN RESERVATION”, indicaba el letrero.

Clavada a uno de los postes que sostenían el tejadillo se veía una placa metálica con la leyenda: “Overseer Navajo Territory. State Federal”.

La luz eléctrica brillaba dentro del pabellón y hacía destacar también sobre el cristal opaco de la puerta del tercer letrero: «Adams S. Lester. Superintendent.»

Esta puerta se abrió lentamente y por ella salió un hombre de mediana edad y regular corpulencia, fuerte, de cabellos entrecanos, el cual se detuvo un instante para encender su pipa en tanto miraba hacia el final de la calle.

Cedar Ridge, poblado que usualmente no pasaba de las 250 almas, veía duplicado el número de sus habitantes en el transcurso de unas breves horas con la llegada de uno de los equipos exploradores de la Comisión de Energía Atómica, el cual se proponía descansar en el pueblo aquel fin de semana para reanudar sus correrías en busca de uranio en la mañana del lunes.

Por esta razón reinaba extraordinaria actividad en Cedar Ridge, y el superintendente había estado muy atareado durante toda la tarde de aquel sábado acomodando los remolques de los geólogos, las tiendas de los mineros y los automóviles, excavadoras, terraplenadoras y demás material rodante que formaba el tren del equipo.

Ahora, gracias a Dios, ya estaban acampados en los alrededores del poblado. Geólogos, mecánicos y mineros comían apaciblemente al resplandor de las fogatas en tanto los navajos pretendían venderles vistosas mantas que éstos fabricaban para los turistas. El superintendente arrojó la cerilla, dio una profunda chupada a su pipa, descendió los escalones del porche y cruzó la polvorienta calle en dirección de una casa de adobes de cuyo porche colgaba una chapa metálica con la inscripción: “Sanitary Assistance”.

La puerta de la casa estaba abierta y el superintendente entró haciendo crujir las tablas del piso con sus recias botas claveteadas.

Cruzando la pequeña sala de espera, que olía a desinfectantes, Adams S. Lester se asomó al comedor en donde una mujer india estaba recogiendo la loza y los cubiertos de la mesa.

—Buenas noches, señor Lester —saludó la india.

—Hola, Mirta. ¿Y el doctor Welby? ¿Ha salido?

Una voz varonil contestó desde la sala que el superintendente acababa de cruzar:

—¡Estoy aquí, señor Lester! Pase usted.

El superintendente entró en una habitación de regulares dimensiones. Unas vitrinas de metal cromado, repletas de medicamentos y material quirúrgico, se alineaban a lo largo de las paredes encaladas. En un extremo se veía una mesa metálica sobre la que se amontonaban prospectos y muestrarios farmacéuticos. El centro de la clínica lo ocupaba una mesa extensible de operaciones.

Un hombre joven, alto, esbelto y rubio estaba depositado sobre esta mesa una serie de objetos que iba sacando cuidadosamente de una caja bastante grande, llena de virutas y con una inscripción “Muy frágil” en sus costados.

— ¡Hola superintendente!

Y al levantar la cabeza, un par de ojos grises y una sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de blancos y fuertes dientes saludaron al recién llegado.

— ¿Qué es eso? —Preguntó el superintendente— ¿Más material quirúrgico?

—Es mi nuevo telescopio.

— ¿El que ha costado mil seiscientos dólares?

—Sí. ¿No es magnífico? —preguntó el joven doctor acariciando el largo tubo negro que descansaba sobre la mesa.

Y el superintendente refunfuñó:

—Parece mentira que un pedazo de cañería cueste tanto dinero —y como viera el escándalo retratado en las pupilas del médico añadió—: No me haga mucho caso. Hasta que usted llegó aquí creí que la astronomía era una ciencia reservada a media docena de bichos raros llamados sabios que jamás salían de sus grandes observatorios al estilo del Monte Palomar.

—Hay mucha gente de medios modestos que práctica la Astronomía por pura afición. —Sí, claro, sobre gustos no hay nada escrito —murmuró el superintendente dando una lenta chapada a su pipa.

—También usted se aficionará a ella en cuanto yo haya montado mi

telescopio y tenga la ocasión de echar una mirada al cielo. Arizona es una región ideal para los astrónomos, debido a su altura y a la sequedad del aire del desierto. Y creo que tiempo no nos va faltar, porque aquí las diversiones brillan por su ausencia.

—Sí, eso es cierto. Cedar Ridge no es lugar muy divertido para un hombre joven y soltero como usted —el superintendente clavó sus ojillos cercados de múltiples arruguillas en el médico y añadió—: No soy curioso, Welby. Pero no dejo de preguntarme qué pudo influir en un neoyorkino para que abandonara su ciudad y viniera a enterrarse en vida en este desierto.

Arthur Welby, sonrió y se tocó en el pecho con el índice.

— ¿Un desengaño amoroso? —pregunto Lester con interés. Welby se echó a reír.

— ¡Oh, no! No fue cosa del corazón, sino de los pulmones. Ahora ya están curados, gracias a Dios y a las drogas que hoy combaten la tuberculosis. Pero se hacía aconsejable una temporada de reposo en un lugar seco y solicité esta plaza en cuanto la vi anunciada en los periódicos.

— ¡Ah, vamos! —exclamó el superintendente— Ya me parecía a mí que era demasiado bueno como médico para refugiarse a venir aquí a curar indios.

Y Welby aseguró:

—Me encanta este lugar. Los navajos son buena gente y parece que voy a disponer de mucho tiempo para dedicarlo a mi distracción favorita.

—Sí, sí. Pero no esta noche. Abandone esos trastos y véngase conmigo. Los navajos van a ponerse sus plumas y a pintarse la cara para danzar en honor de los geólogos de la Comisión de Energía Atómica. He creído que le gustaría verlo a usted.

— ¡Desde luego! —exclamó Welby. Y tomando una gruesa chaqueta de lana siguió al superintendente fuera de la casa.

—Ya se cansará usted de verlos danzar cada vez que se acerca por aquí un grupo de turistas bastante numeroso —aseguró Lester mientras andaban a lo largo de la única y polvorienta calle del poblado—. Sin embargo, es un espectáculo que siempre resulta atractivo a quienes lo presencian por primera vez.

Los tambores sonaban ya cuando los dos hombres llegaron al extremo de la doble fila de casas y corrales. Guerreros empenachados, mujeres que vestían trajes de piel de ante cosida y muchachos que vestían como el resto de la población infantil norteamericana, coincidían hacía el círculo de las fogatas alrededor del cual formaban corro los mineros, mecánicos y geólogos de la Comisión de Energía Atómica.

El equipo mecanizado de los forasteros estaba alineado a lo largo de la carretera. Un hombre joven que estaba cuidando de los vehículos interceptó al señor Lester diciendo:

—Usted que conoce a los indios, superintendente, ¿Cree que puede uno fiarse de ellos y abandonar unos instantes los camiones para acercarse a las fogatas y ver como bailan?

—¡Oh, seguro! —exclamó Lester con acento de dignidad ofendida. Y todavía añadió—: Puede marcharse, volver dentro de cinco años y encontrarse usted que los escorpiones han hecho crías en los cilindros de los motores. Pero ni una tuerca le habrán tocado los indios.

Esto pareció tranquilizar por completo al vigilante, el cual se unió al superintendente y a Welby marchando con ellos al círculo de las fogatas.

Apenas se habían alejado veinte pasos cuando cuatro figuras esbeltas parecieron brotar del suelo irguiéndose tras la sombra de un gigantesco cacto en forma de candelabro. Se trataba de unos muchachos navajos entre 10 y 13 años, los cuales se quedaron mirando a los hombres hasta que sus voces dejaron de oírse.

—Bueno —dijo el mayorcito de los muchachos en llano y en buen inglés—. La ocasión la pintan calva. Vamos allá.

—Espera, Jeremías —dijo el que le seguía en estatura reteniéndole por la manga de la canadiense—. ¿No has oído lo que dijo el señor Lester? Le pondríamos en ridículo si se supiera que los navajos eran ladrones.

—No seas tonto, Willy. No vamos a robar nada. Sólo a tomar prestado un contador Geiger. Hay uno en la camioneta, lo vi esta tarde cuando ayudábamos a los mineros a aparcar los vehículos. Lo devolveremos mañana por la noche, antes de que se den cuenta de su desaparición.

—Tomar una cosa sin permiso de su dueño es robar, Jeremías. Uno de los muchachos más pequeños exclamó:

—¡Miren el miedoso! ¿No ves el vigilante se ha marchado y podemos tomar el Geiger si que nadie nos vea?

—Déjale, que se quede —murmuro el cuarto entre dientes—. Nosotros solos descubriremos un yacimiento de uranio, lo registraremos a nuestro nombre y seremos millonarios como Vernon Pick.

La mención de este nombre fabuloso hizo vacilar a Willy.

La historia de Vernon Pick había sido profusamente difundida por la prensa y la radio de todo el mundo. Su epopeya estaba en vías de ser llevada a la pantalla. Era la extraordinaria aventura de un norteamericano que sin más equipo que su fe y su “escintilómetro”, instrumento mucho más sencillo que el contador Geiger y en el cual había invertido los últimos mil dólares de sus ahorros, descubrió un yacimiento de uranio que le produjo diez millones de dólares.

—Sabemos que hay uranio en las montañas —dijo Jeremías—. Y todo lo que necesitamos para encontrarlo es ese aparato.

—Sí —murmuro Willy. Y decidiéndose añadió—: Vamos.

Willy y Jeremías hicieron una seña a sus compañeros para que esperaran, cruzaron la carretera y desaparecieron entre los vehículos. Los padres y los hermanos mayores de los muchachos hacían sonar tambores y danzaban al rojo fulgor de las fogatas, allí cerca. Un caballo relinchó no lejos de donde los chicuelos esperaban.

—Ve tú a mirar a los caballos, Lee —dijo uno de ellos.

El joven navajo se fue y su compañero se quedó a la espera hasta que Jeremías y Willy regresaron jadeantes, mostrando triunfalmente un pequeño aparato electrónico parecido a una radio portátil.

—¡Lo tenemos! ¡A los caballos! —susurró Jeremías.

Los tres muchachos corrieron hacia donde habían dejado los caballos. Si algún día se juzgaba a los jóvenes navajos por este robo, el agravante de premeditación se uniría al de nocturnidad. Todo debía haber sido planeado de antemano. Los caballos estaban preparados como para realizar una expedición en toda regla.

Poco después. Los tres caballos se alejaban llevando sobre sus lomos a los cuatro muchachos. Jeremías se caló los auriculares del Geiger y examinó el aparato. Había visto funcionar uno igual en los límites del territorio indio. Sin compararse al tropel de gente que invadió California cuando se descubrieron las minas de oro, también ahora había varios millares de hombres —incluso mujeres— dedicados ala afanosa búsqueda de uranio en Arizona, Utah y la meseta del Colorado.

Algunos de estos inquietos buscadores habían cruzado la frontera india.

Intencionada o inadvertidamente, en más de una ocasión. A ellos les había visto Jeremías utilizar el contador Geiger, aparato que de otro lado era muy sencillo de usar.

Al abandonar Cedar Ridge los muchachos se dirigieron hacia el Norte en busca del borde rocalloso de la meseta. Desde el primer instante Jeremías llevaba puesto los auriculares y hacía funcionar el aparatito, dirigiéndolo ora a la derecha, ora a la izquierda, sin interrumpir la marcha. La luna iba elevándose de una nube a otra parecía seguir a los muchachos indios, quizás intrigada del final que tendría esta aventura nocturna.

Aquí y allá los cactus erguían sus inmóviles siluetas como austeros centinelas de la llanura. El aire impregnado del aroma alcanforado de la artemisa y traía envuelto en él los mil pequeños ruidos de la inmensidad desierta; lejanos aullidos de coyote, sigiloso reptar de las alimañas, resquebrajar de rocas calcinadas por el sol, medroso susurro de matorrales peinados por el viento, rodar de nubes polvorientas que avanzaban como olas sobre este ondulado mar petrificado...

Los indios, acostumbrados al resuello de este gigante hostil que les acariciaba la piel cobriza, no le prestaban atención. El desierto no tenía para ellos el místico significado que impulsó a sus no lejanos antepasados a defenderlo a sangre y fuego. Los modernos descendientes de aquellos guerreros obstinados y fanáticos iban dispuestos a arrancarle el secreto de su pétrea faz aliados con la ciencia del hombre blanco.

Y no sólo se dedicaba a esta profanación con todo entusiasmo, sino que con el trascurso de las horas y el obstinado silencio del aparatito mágico empezaban a temer por los resultados de su expedición. Llevado sus potros al trote, a trechos al paso para descansarles, los jóvenes piel-roja escalaban cerros, cruzaban barrancas y atravesaban cañotes sin que el contador Geiger saliera de su mutismo. Alrededor de las once alcanzaban los profundos cañones del borde de la meseta.

El Geiger, después de pasar por todas las manos y oídos de la expedición,

había vuelto a poder de Jeremías. Este detuvo bruscamente su potro cuando se deslizaban por el borde de una barranca y lanzó un grito; precisamente el grito que todos esperaban con ansiedad:

—¡El contador indica la presencia de radioactividad!

Palabra mágica aquella. El resto de la expedición se precipitó sobre Jeremías estando cerca de arrojarle por la abrupta pendiente de la barranca.

—¿Dónde?

—¡Trae aquí!

—¡Deja!

—¡Callaos, idiotas! —chilló Jeremías sujetando contra sus orejas los auriculares que sus compañeros pretendían arrebatárles, no sin riesgo de llevarse también sus apéndices auditivos.

—Los afortunados buscadores de uranio se detuvieron con el aliento en suspenso mientras Jeremías movía la antena del aparato a derecha e izquierda.

—¡Está ahí, en la barraca! —aseguró el muchacho después de comprobar que el aparato dejaba de funcionar si se le apuntaba en otra dirección que no fuera la de la torrentera.

Temblando de excitación se acercaron al filo de la barranca. Comprobaron que el talud era demasiado empinado para bajar por allí. Decidieron buscar un lugar más accesible torrentera arriba y galoparon como locos hasta encontrar un punto por donde podían descender a condición de dejar los caballos arriba.

—Tomad las herramientas —ordenó Jeremías echando pie a tierra y empezando a deslizarse por el resbaladizo talud.

Los potros fueron trabados en abrir y cerrar de ojos. Los futuros millonarios cargaron con los picos, las cantimploras y el saco de provisiones, y se precipitaron en seguimiento de su compañero.

Jeremías sostenía con una mano el pequeño aparato, en tanto movía el “buscador” con la otra. Pero allí no existían señales de radioactividad. El yacimiento detectado debía encontrarse más adelante, después del recodo que habían dejado atrás al remontar el barranco en busca de un punto accesible.

Dando resbalones, cayendo aquí y levantándose allá, despellejándose manos y rodillas, los intrépidos exploradores alcanzaron el lecho de la torrentera. Esta era muy ancha y estaba sembrada de grandes peñascos caídos desde lo alto a causa del socavón de las aguas

torrenciales. Aquí y allá, entre las moles de granito, crecían algunos arbolillos asidos desesperadamente a los depósitos de greda impregnados de alguna humedad.

El rojo farallón meridional proyectaba su sombra más de la mitad del lecho del barranco, pero la luz reflejada por el talud opuesto bastaba para iluminar perfectamente el accidentado camino de los jóvenes piel-roja, los cuales iban saltando ágilmente de una peña a otra, sin dejar de hablar entre jadeos.

—¿Todavía no suena, Jeremías?

—Espera, hombre. Estaba más abajo.

—¿Habrá bastante riqueza para todos? —preguntó el más joven de los expedicionarios.

—¡Seguro! Debe ser un yacimiento de uranio puro.

—¿Daré bastante dinero para comprarnos un automóvil? —preguntó otro. Y un tercero contestaba lleno de fe:

—¡Mira tú este! ¡Y veinte automóviles también!

El recuerdo de Vernon Pick estaba fijo en la mente de todos. ¡Diez millones de dólares por un yacimiento de uranio!

Ninguno de los cuatro ocasionales mineros tenía idea de lo que representaba un millón de dólares. ¡Pero era mucho dinero sin duda!

La expedición alcanzó el recodo de la torrentera. El contador Geiger empezó a relinchar. Los muchachos doblaron la curva, allí donde la barranca se ensanchaba todavía más. Se detuvieron con el corazón golpeándoles ruidosamente en el pecho.

Allá abajo, quizás a un centenar de metros de distancia, una masa de respetables dimensiones destacaba de la oscuridad irradiando un suave y fantástico resplandor verde azulado.

—¿Qué es eso, Willy? —preguntó temeroso el benjamín de la pandilla acogiéndose de la ropa de su compañero.

Willy contestó con voz insegura:

—No sé... Parece un peñasco, ¿eh, Jeremías?

—¡Claro, es una roca de uranio puro! ¿No habéis oído decir que los materiales radiactivos despiden luz como el fósforo y los animales

mueritos durante la noche?

¡Vamos a verlo!

Y animando a los demás con su ejemplo, Jeremías echó a correr en dirección a la extraña roca fluorescente. Esta estaba arrimada al alto paredón meridional, razón por la cual no pudieron verla los muchachos desde arriba, y vendría a medir sus buenos 30 o 40 metros de longitud por 7 u 8 en su parte central más gruesa. Los extremos se adelgazaban progresivamente terminando en un borde redondeado.

Se parecía a uno de aquellos guijarros del lecho de la torrentera pulimentados por el arrastre de las aguas en un frote milenario con otros pedruscos. Solamente que de proporciones mucho más enormes, claro.

Mientras corrían hacía la supuesta roca de uranio puro los jóvenes piel-roja seguían creyendo que aquello era lo que parecía. Pero a medida que se acercaban y la veían con más claridad, iban encontrando formas extrañas a su hallazgo y acortando la longitud y la rapidez de sus pasos sin apenas darse cuenta.

Finalmente, a 50 metros de distancia, se detuvieron.

—Eso no es un peñasco —murmuró Willy. Y Lee confesó:

—Tengo miedo. Volvamos atrás.

Jeremías se humedeció los rescos labios con la punta de la lengua en tanto examinaba atentamente la cosa. El contador Geiger seguía rechinando insistentemente en sus oídos y el muchacho nervioso por su continuo zumbir, se arrancó los auriculares de un tirón.

Entonces todos pudieron oír el chirrido del Geiger. Este, sonando en el profundo silencio que flotaba sobre la barranca, adquirió un carácter extrañamente amenazador.

Los muchachos siguieron contemplando aquello con el aliento en suspenso, luchando entre la curiosidad y el miedo que les erizaba la pelusilla de la nuca y ponía cosquilleos en las plantas de sus pies, despertando en ellos un irresistible deseo de echar a correr.

La cosa seguía conservando su forma general de guijarro rodado, pero el parecido había pasado a ser remoto. Se trataba sin duda de un disco con los cantos afilados, pero en su centro se veía una protuberancia en forma de cúpula. La cosa no presentaba ninguna otra abolladura o saliente en sus superficies lisas y simétricas, aunque tenía en el canto,

del lado que los veían los navajos, tres muescas de algún tamaño practicadas a distancias regulares...

—¡Dios mío, Jeremías! —exclamó Willy roncamente— ¡Eso parece un platillo volante!

Un estremecimiento nervioso sacudió a la cuadrilla como una descarga eléctrica. La cosa extraña que irradiaba de sí una fantasmagórica luminiscencia cobró de súbito formas y perfiles bien definidos en la imaginación de los jóvenes pieles-roja.

—¡UN PLATILLO VOLANTE! — exclamaron Lee y Jeremías.

Dando un prodigioso salto, inspirados por el mismo sentimiento de supersticioso terror los cuatro valientes giraron sobre sus talones y se dieron a la fuga abandonando Geiger, herramientas y provisiones.

CAPÍTULO II

Aproximadamente a la misma hora en que los muchachos buscadores de uranio corrían desalados torrencera arriba, el superintendente Adams S. Lester, el doctor Welby y los profesores mister Harwell y mister Stanton se encontraban jugando una partida de naipes en la oficina de la superintendencia.

A Welby, impaciente por echar su primera ojeada a las estrellas con el telescopio recibió aquella tarde, le hubiera gustado más concentrarse en su casa armando las diversas piezas de su nuevo juguete.

Sin embargo, lo disimulaba como persona educada y aparentaba sentirse encantado de la compañía y conversación de sus nuevos amigos. Éstos, teniendo todo el día siguiente para descansar y aburrirse, parecían dispuestos a prolongar la velada por lo menos hasta el amanecer.

Charlaban sin cesar interrumpiéndose en ocasiones a mitad de una frase para anunciar: paso o sírveme tres o full de reyes. En el aire de la oficina flotaba el humo de los cigarrillos y el aroma del café.

Cuando por las incidencias del juego se cortaba la conversación, quedaba sirviendo de fondo el impresionante silencio de la aldea bien timbrada voz a la dulce melodía que alternativamente brotaba del aparato de radio, manteniendo en un tono discreto.

Y fue precisamente en una de estas súbitas pausas cuando se escuchó en la calle el característico golpetazo de la portezuela de un automóvil Welby, sentado de cara a la ventana, levantó los ojos del tapete. A través de los visillos advirtió el resplandor de los faros de un coche que se había detenido ante su casa. Casi enseguida oyó recios golpes sobre la madera de una puerta.

Lester se volvió hacía la ventana.

—Parece que llaman en mi pabellón —dijo Welby. Y Lester contestó: —No le extrañe. Estos estúpidos turistas de fin de semana siempre encuentran una excusa para fastidiarle a uno. Cuando no les falta gasolina, han perdido el agua del radiador o necesitan un gato para reparar un pinchazo.

—También podría ser un accidente —murmuró Welby levantándose.

La puerta de la oficina se abrió antes que Welby llegara a ella. Asomó el rostro de un joven pelirrojo que vestía fuerte chaquetón de cuero.

—¿No es usted el médico de este poblacho? —preguntó el intruso a bocajarro.

—¿Qué pasa, Thomas? —preguntó el profesor Stanton apartando su silla y yendo a reunirse con Welby junto a la puerta.

—Hola profesor. No ocurre nada —contestó el muchacho—. Se trata de unos viajeros que... ¡bueno! Aquí viene él.

El joven entró en la oficina para ceder la puerta a un hombre alto, atlético, de unos 35 o 40 años de edad, cuyos cabellos mostraban algunas hebras plateadas entre las guedejas rubias.

—¿No hay médico aquí? —preguntó el recién llegado con brusquedad—. Llevo en el coche una mujer enferma. Apendicitis. Hay que operarla inmediatamente.

—Yo soy el médico. ¿Me permite? —dijo Welby. Y pasando ante el desconocido bajó los escalones del porche y cruzó la calle en dirección a un automóvil de aspecto vulgar que estaba parado frente a su casa.

En el asiento posterior, envuelta en una manta y medio tendida, se recostaba una mujer joven, morena, cuyo pálido rostro contraído en una mueca de dolor estaba vuelto hacia el cielo.

Ella abrió sus grandes ojos oscuros y clavó en Welby una mirada de ansiedad cuando éste abrió la portezuela y se inclinó sobre ella.

—¿Es usted cirujano? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí.

—Creo... que se trata de una inflamación del apéndice.

—¿Sufrió alguna vez un ataque de apendicitis antes de ahora?

—Sí, dos veces.

El desconocido, el superintendente, los geólogos y el joven que guió a los viajeros hasta el pueblo se habían acercado y rodeaban el coche.

—Puede que sea un caso de apendicitis —dijo Welby después de tomarle el pulso a la muchacha—. Llévala a la clínica y la reconoceremos.

Welby precedió al grupo hasta su consultorio, de cuya mesa barrió apresuradamente las dispersas piezas del telescopio recién adquirido. El desconocido y el superintendente Lester entraron llevando a la enferma y la depositaron sobre la mesa. Ella lanzó un gemido de dolor apretándose el vientre con ambas manos.

—¿Duele mucho?

—¡Oh, sí! —gimió la joven.

—¿Aquí?

—Sí, más bien a la derecha.

—Tendrá que enseñarme ese vientre —dijo Welby. Y miró a los geólogos y a mister Lester.

El grupo de hombres apresurase a abandonar la clínica, excepto el hombre alto y rubio.

—¿Es usted su marido? —pregunto Welby.

—Sí.

Welby descubrió el blanco vientre de la mujer.

—Timpanización —murmuró dándole golpecitos. Y cubriéndolo con la ropa preguntó—: ¿Cuándo empezó a sentir esos dolores?

—Hará cosa de dos o tres horas.

—¿Y a qué hora comió usted por última vez? La enferma consultó a su

marido con los ojos.

—Alrededor del mediodía —dijo el hombre.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Tiene usted suerte, después de todo —dijo Welby a la joven. Y como ella le miraba interrogante añadió—: No habría salvación para usted si le hubieran aquejado esos dolores cuatro horas antes o hubiera comido cuatro horas más tarde.

—No es apendicitis lo suyo señora. Sufre una perforación de estomago y hay que operar enseguida... inmediatamente.

Marido y mujer cambiaron una mirada asustada. El hombre aparecía sumamente pálido. Ella no podía estarlo más. Sin embargo, dio muestras de gran entereza al decir con voz firme:

—Bien, opere. ¿Sabe hacerlo, verdad?

—Afortunadamente para usted. Generalmente no hay un doctor en medicina y en cirugía ocupado este dispensario, pero da a casualidad que yo lo soy. Vamos a prepararnos, ¿eh? Vaya quitándole la ropa y cúbrase con esta sábana mientras yo salgo un momento.

Welby abandonó la clínica cerrando la puerta tras sí. Llamó a la india que le servía de asistenta, la cual acababa de abandonar la cama y andaba por la casa en camisón, y le ordeno que entrara en el quirófano para ayudar a la señora. El marido de la enferma salió cuando Welby explicaba al superintendente lo que ocurría.

—Vaya a avisar a esa chica india medio maestra medio enfermera, Lester. Necesitaré a alguien para que me ayude.

—Yo soy practicante del equipo minero, doctor —dijo el muchacho que había acompañado a los forasteros hasta el dispensario—. Puedo ayudarle.

—Bien, acepto su ofrecimiento. Pero llamen de todos modos a la maestra.

El superintendente salió apresuradamente en busca de aquel mirlo cobrizo. Y los geólogos, considerando que su presencia allí era inoportuna más bien que innecesaria, se apresuraron a despedirse dejando al practicante de su equipo con Welby.

Al quedar a solas con el marido de la paciente, Welby le invitó a entrar en su pequeño despacho:

—Pase usted, señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo dije —repuso el otro con brusquedad—. Pero puede llamarme Granger.

—¿Es ese su verdadero nombre? Se lo pregunto porque debe firmarme una autorización en regla para proceder a la operación de su esposa.

—Deme ese papel y se lo firmaré —dijo Granger secamente.

Los hombres pasaron al despacho. Todavía estaban allí cuando llegó Rita, la enfermera india.

—Vaya al quirófano Rita —le grito Welby. Y examinando la firma de Granger observó—: se ha comido usted la primera “ere”. ¿Nervioso, verdad?

—Sí —confesó Granger.

—¿Un cigarrillo?

Granger lo aceptó, lo encendió con la cerilla que le ofrecía Welby quitándole el cigarrillo y aplastándolo en el cenicero.

Granger siguió tosiendo durante un buen rato. Hasta que Rita reapareció anunciando que la paciente estaba preparada.

—Si no le importa, quisiera presenciar la operación —dijo Granger. Y Welby contestó:

—Espero que pueda resistirlo usted.

Welby, Granger y Thomas entraron en el quirófano.

—Raquianestesia —ordenó Welby a sus ayudantes. E inclinándose sobre la señora Granger, preguntó—: ¿Cómo van esos ánimos?

—¿Quiere decir si estoy preparada? —preguntó la joven— Sí, puede empezar cuando quiera. Thomas clavó la larga aguja en la blanca y hermosa espalda de la señora Granger. Welby se lavó las manos se desinfectó y se puso los guantes de goma. Luego vistió su bata blanca y dejó que Rita le pusiera la mascarilla. Se movía sin prisas, dando tiempo para que la anestesia surgiera sus efectos y se esterilizaban las herramientas en el autoclave.

Pero cuando todo estuvo preparado puso manos a la obra sin perder un minuto. Y a partir de este instante hasta que la operación estuvo completamente terminada, Arthur Welby perdió toda noción del tiempo y espacio aislándose completamente del mundo exterior. Cualquier ruido que se produjera más allá del recinto del quirófano no penetraba siquiera en sus oídos.

Así que no oyó el precipitado galope de unos caballos, ni los gritos excitados de unos muchachos, ni los golpes con que éstos aporreaban la puerta del superintendente Lester, ni el ruido de otras puertas que se abrían, ni nada de cuanto allá fuera estaba ocurriendo.

A las cuatro de la madrugada Welby daba la última puntada a la roja herida que cruzaba el abdomen de la señora Granger y anunciaba:

—Afortunadamente llegamos a tiempo. Todo irá bien si no surgen complicaciones posteriores. Acerque esas gasas, Rita.

Welby vendó hábilmente a la mujer y llamó a Mirta.

—Póngale un camisón a la señora Granger y llévenla a la cama —ordenó saliendo del quirófano.

Thomas y Granger le siguieron hasta el despacho, en donde Welby encendió un cigarrillo, recostándose pesadamente en su sillón con un suspiro de cansancio.

Granger carraspeo atrayendo sobre sí la atención de Welby.

—He de marcharme —dijo—. Confío en que mi esposa estará bien atendida aquí hasta mi regreso.

—Le advierto que deberá llevársela tan pronto como su estado se lo permita trasladarla a un hospital. Este es un dispensario oficial reservado para los indios navajos, ¿Comprende?

—Si es por dinero...

—No se trata de dinero —cortó Welby—. Es, sencillamente que no podemos mantener pacientes extraños a la Reserva India. En realidad, tampoco podía operar a su esposa y si lo hice fue atendiendo a su estado de extrema gravedad.

—Apenas llevo dinero encima, pero cuando regrese recompensaré con largueza sus servicios —dijo Granger. Y luego añadió: — Ahora, si me lo permite, voy a despedirme de mi esposa.

Granger abandonó el despacho para volver al quirófano. Thomas bostezó ruidosamente. —Vaya a acostarse, Thomas —le dijo Welby—. Y gracias por su colaboración.

—Ha sido un placer trabajar con un cirujano de su talla, doctor Welby —aseguró el muchacho—. Si he de ser sincero, le diré que no le tenía en buena opinión... hasta que le vi coger el bisturí.

—Gracias, Thomas. Buenas noches.

—Querrá decir buenos días —dijo el muchacho saliendo del despacho—. Son más de las cuatro y empieza a amanecer.

Welby quedó solo. Recostó la cabeza en el respaldo del sillón y se quedó dormido sin darse cuenta.

Despertó bruscamente al ser llamado por la enfermera. Y exclamó:

—¡Caramba, me había quedado amodorrado! ¿Qué hay?

—La señora Granger se ha dormido. Me acostare en la cama contigua a la suya. Y también usted debería irse a descansar —dijo Rita.

—¿Y el señor Granger?

—Acaba de marcharse.

—¿Sin despedirse siquiera? ¡Vaya tipo más extraño! ¿Dejó donde deberíamos llamarle si por caso empeora su mujer?

—No. Creí que usted habría anotado ya su dirección. Welby se levantó despezándose.

—Bueno, no importa —murmuro—. La señora Granger nos dirá mañana...,

es decir, hoy cuando despierte. Voy a echarme un rato. Despiérteme si ocurre algo anormal.

Poco después el doctor cerraba la puerta de su habitación y se echaba vestido sobre la cama. Pero no se durmió, si no que cayó en una especie de amodorramiento que le permitía oír todos los ruidos: el canto de los gallos de la aldea, el ladrido de u perro, el gotear de un grifo mal cerrado en la cocina...

A las siete de la mañana, como todos los días, Mirta empezó a trastear por la casa quitando a Welby toda esperanza de conciliar el sueño.

Echado pestes contra su hacendosa asistente, Welby saltó de la cama, se echó unos puñados de agua fría al rostro y se trasladó a la enfermería.

La enfermería del dispensario era muy pequeña y sólo tenía dos camas. En una de ellas estaba recostada y dando cabezadas la muchacha india, la cual saltó en pie al oír entrar al doctor.

—¿Cómo va nuestra paciente? —preguntó Welby.

—Hace unos momentos le administré la penicilina. Despertó, pidió agua y volvió a dormirse. Welby se inclinó sobre la mujer que yacía en el lecho. La negra y corta cabellera, húmeda de sudor, enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro pálido que sorprendió a Welby por su extraordinaria belleza. La mujer era, sin duda, la misma cuya vida estuvo pendiente de su bisturí aquella madrugada, pero a él le parecía otra completamente distinta. La diferencia estribaba en que antes la veía como un médico, mientras que ahora la miraba por primera vez con los ojos de hombre.

La enfermera india debió adivinar los pensamientos del médico, al menos, interpretó acertadamente el silencio y la larga mirada de éste.

—¿Es muy hermosa, verdad? —preguntó en voz baja. Y Welby contestó con el mismo sigilo:

—Sí, es muy guapa.

Y como avergonzado de la facilidad con la que la muchacha había penetrado en sus pensamientos, borró de su rostro la expresión de éxtasis para comprobar la temperatura y el pulso de la paciente. Volvía a ser médico. Y con la indiferencia propia de un médico dictó sus órdenes a la enfermera y abandonó la habitación para ir a afeitase.

Oyó el inconfundible trepidar del viejo Ford del superintendente en las calles mientras se enjabonaba. Por el pequeño ventano que ventilaba el cuarto de aseo entró también el piafar de algunos caballos y el rumor de un coro de dos voces excitadas.

El superintendente Lester entró en la habitación de Welby cuando éste se quitaba los restos del jabón de afeitarse con una toalla. Las cejas, las pestañas y el sombrero de Lester se apreciaban llenos de polvo. Y las pupilas del superintendente brillaban febrilmente entre estas pestañas empolvadas, clavando en Welby una mirada extraña.

—¿De dónde sale usted con esa facha? —preguntó Welby.

Lester se dejó caer en una butaca, depositó el sombrero en el suelo, extrajo la pipa y la bolsita de tabaco y empezó a llenarla con espectacular calma.

Welby, desde la puerta del cuarto de aseo le miraba hacer intrigado.

—Welby —dijo el superintendente al final de una larga pausa—. ¿Cree usted en los platillos volantes?

La pregunta pilló completamente desprevenido al joven doctor.

—¿Cómo dice? —balbuceó.

—¿Cree usted que puedan existir platillos volantes? —repitió Lester atascando nerviosamente su pipa.

Welby arrugó el entrecejo. La pregunta del superintendente se le antojaba una celada capciosa. A menos que... —¡Oiga! —exclamo regocijado—. ¡No me diga que también usted ha visto uno de esos fantásticos discos de color naranja o verdosos surcando sobre su cabeza!

Y Lester contestó:

—Pues sí, acabo de ver uno.

—¡Oh! —gimió Welby haciendo esfuerzos para ocultar la risa.

—Y no le vi volando sobre mi cabeza —añadió Lester con acento enfurruñado—. Estaba posado en el suelo y lo vi con bastante claridad como ahora le estoy viendo a usted.

Welby dejó de reír para mirar mas detenidamente a su interlocutor.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado— ¿Se siente mal? Y Lester gritó poniéndose en pie:

—¡Al diablo con sus sospechas, doctor! No estoy loco, si es eso lo que quiere decir. ¿No le digo que vi uno de esos platillos volantes? ¿O es que no me cree usted?

—No —repuso Welby gravemente. Lester suspiró:

—Tampoco fue fácil convencer a la policía. Pero a usted, lo mismo que los señores que se pusieron al teléfono en Flagstaff, sólo puedo decirle esto: No hay por qué discutir. Si no quiere creerme ¡venga usted a verlo!

—¡Dios mío, Lester! —gimió Welby— Temo que se va a convertir usted en el hazmerreír de todo el país.

—¿Por qué?

—Por que ese platillo volante se habrá desvanecido en el aire cuando quiera enseñarlo a los incrédulos. Es lo que suele ocurrir con todas las visiones fantásticas.

—No creo que eso se desvanezca. Y en cuanto a elevarse, ya lo habría hecho si dentro hubiera alguien. Mis indios armaron bastante alboroto como para despertar a la Bella Durmiente del Bosque.

Welby dio un respingo.

—¿Sus indios? —gritó— ¿Pero es que lo vieron también los navajos?

—¡Hombre, claro! Los he dejado allí armados de rifles vigilando hasta que acuda la policía.

Welby miró a Lester de hito a hito.

—Muy bien —dijo tomando su chaqueta— vamos a verlo.

CAPÍTULO III

Diez minutos más tarde Welby estaba sentado junto al superintendente Lester, el cual empuñaba el volante de su antediluviano y asmático Ford. En el asiento posterior se repantigaban tres viejos y flemáticos pieles rojas.

—Nosotros querer ver platillo volante —habían anunciado cuando Welby y Lester se disponían a emprender la marcha.

Y allá iban ellos con sus trajes domingueros y sus anchos sombreros de alta copa adornada con una pluma. Verdaderamente, no parecían muy impresionados ante la perspectiva, sin duda única en la Historia, de ver de cerca una nave interplanetaria. No obstante y por lo que pudiera pasar, ninguno había olvidado traerse su manoseado y ruidoso rifle.

De hecho, todo Cedar Ridge había emprendido el éxodo hacía el lugar donde se encontraba el platillo volante. En el pueblo no quedaban más que media docena de viejas cegas, las aves domésticas y quizás un

par de recién nacidos.

Y otro tanto podía decirse del campamento minero, en donde Welby sólo pudo ver un par de hombres cuidado las máquinas excavadoras. Todos los automóviles habían desaparecido.

Carretera adelante, entre traqueteos chirriar de muelles y asfixiantes nubes de polvo, Adams S. Lester relató al doctor lo ocurrido.

El superintendente estaba roncando en su cama cuando fue despertado por los desaforados gritos y los golpes que alguien estaba dando contra su puerta. Lester se levantó mascullando una sarta de maldiciones, por supuesto, abrió y se encontró ante un grupo de vecinos en paños menores y cuatro granujas del censo de Cedar Ridge que chillando y gesticulando como demonios le dieron a entender que acababan de encontrar un platillo volante posado en una barraca a 15 Kilómetros del poblado. A Lester no le impresionó tanto el sensacional descubrimiento como el saber que los muchachos habían robado del equipo de la Comisión de Energía Atómica un contestador Geiger valorado en un centenar de dólares.

—¡Sinvergüenzas! —gritó— ¡Tenéis que devolver ese aparato!

Pero el Geiger había sido abandonado por los muchachos junto al platillo volante. Y los chicuelos no estaban dispuestos a volver allá.

—Así que no tuve más remedio que vestirme montar a caballo y acompañarles hasta donde creían haber visto el platillo volante —dijo Lester entre los dientes que aprisionaban la pipa.

Y con el superintendente y los muchachos fueron también una veintena de pieles-rojas concienzudamente armados de rifles, revólveres y hasta cuchillos.

Llegados que fueron a la torrentera y con el sigilo que les caracterizaba, los indios y el superintendente se deslizaron de roca en roca, de sombra en sombra y de mata en mata hasta vislumbrar la barraca. Luego, paso a paso y dominando la comezón de echar a correr que todos sentían por igual, el superintendente y sus bravos guerreros fueron acercándose a la cosa hasta donde los muchachos habían dejado caer el Geiger.

—Nuestra misión terminaba allí —suspiró Lester—. Habíamos recuperado el Geiger, pero no podíamos marcharnos sin averiguar qué era aquello. Nuestro valor habría quedado muy comprometido si la gente se enteraba de que habiendo estado a dos pasos de aquello no

tuvimos agallas para acercarnos más y comprobar lo que era.

Alguien propuso disparar un tiro al aire para ver lo que ocurría. Y se hizo el disparo. Y no ocurrió nada.

—Aquello nos tranquilizó algo —seguía narrando Lester—. Seguimos acercándonos y disparando de vez en cuando... sin descuidar de mantenernos a cubierto de las peñas, no fuera cosa que los del platillo nos contestaban con una descarga, un rayo mortal o vaya a saber usted qué.

Pero los tripulantes del platillo, si acaso los había, siguieron callados como murtos. Lester y sus navajos estaban tan cerca de la máquina que podían alcanzarla con una pedrada. Y eso fue precisamente lo que hicieron, tirar piedras contra el aparato.

—Desde luego, era un aparato. Llámese platillo volante o como se quiera aquello resonaba bajo las pedradas como el metal —aseguró Lester.

A todo esto estaba amaneciendo. La luz era ya tan clara que podían ver el platillo volante sin ninguna dificultad. La luz del día, además, fue quitando aires de misterio a la máquina desconocida a medida que se aclaraban las sombras. Uno tras otro los indios fueron poniéndose en pie, saliendo de sus madrigueras y acercándose más al platillo.

—Les prohibí que lo tocaran, porque el Geiger seguía detectando radioactividad cuando se apuntaba contra el aparato —termino diciendo Lester— Dejé a los navajos allí y volví al pueblo al galope. Fue entonces cuando encontré a mister Stanton. Le conté lo ocurrido y me dijo: “Eso merece la pena de verse. Voy a ir allá con mi cámara fotográfica”. Y no sólo fue él, sino que todo el campamento se puso en pie y salió a la carretera hacia allá. En lo que a mí respecta, volví a mi oficina y llamé por teléfono a las autoridades oficiales de Flaggstaff.

—¿Y qué contestaron las autoridades? —preguntó Welby.

—Se mostraron muy escépticas y desdenosas. Dijeron que mandarían a alguien a investigar. Bueno —dijo Lester señalando a una veintena de vehículos que estaban aparcados fuera de la carretera—. Aquí termina la excursión en automóvil. El resto hay que hacerlo a pie. No hay camino hasta aquella barranca.

Dejando el Ford fuera de la carretera, el grupo se internó en el desierto y caminó bajo un sol que iba calentando más y más a medida que se elevaba en el cielo.

No tardaron en llegar a la torrentera, cuyo curso debían seguir unos cuantos kilómetros para llegar al paraje donde se encontraba posada la máquina misteriosa objeto de su excursión.

Escucharon en este momento el característico gemido de unas turbinas de gas. Tres aviones de propulsión a chorro se acercaron volando a tremenda velocidad y al llegar sobre la torrentera describieron un ancho viraje sin perder la formación y se alejaron en la dirección que seguía el barranco.

Pero no fueron muy lejos. Aproximadamente sobre donde debía estar el platillo volante volvieron a virar y empezaron a describir círculos perdiendo velocidad y altura.

—Las Fuerzas Aéreas también quieren meter el dedo en el pastel —dijo Lester señalando a los aviones—. Esos aviadores han venido a echar su vistazo.

Arthur Welby apretó el paso. Jamás había sentido tan excitada su curiosidad como ahora. ¿Iba a descorrerse al fin el velo de misterio que envolvía a los platillos volantes? ¿Sería en verdad una nave interplanetaria tripulada por Dios sabía qué seres extraordinarios o solamente una máquina de diseño revolucionario concebida y construida en la Tierra?

Y Welby aceleraba el ritmo de sus pasos hasta que éstos casi se convirtieron en franca carrera. Otros tres cazas a chorro de las Fuerzas Aéreas llegaron del Sur y se unieron a los que allí estaban dando vueltas y más vueltas. —Ya estamos llegando —anunció Lester señalando una nube de polvo amarillo que se levantaba en la torrentera.

Un avión de bombardeo propulsado por hélices llegó roncando y se puso a dar vueltas a su vez. Los aeroplanos parecían una bandada de cuervos describiendo cerrados círculos sobre su presunta víctima.

Welby sentía la garganta seca, el cuerpo bañado en sudor y el corazón latándole atropelladamente en el pecho cuando empezaron a deslizarse por el empinado talud de la torrentera. Mucha gente debía haber pasado por allí antes que ellos a juzgar por las numerosas pisadas de hombres y caballos.

—¿Sabe lo que estoy pensando? —dijo Lester cuando andaban sorteando las moles de granito del lecho del barranco—. Pronto veremos por aquí muchos cartelitos con una flecha y un letrero donde diga: “Al platillo Volante”. Tendremos que abrir una carretera para

que los turistas puedan llegar a este centro de atracción en sus automóviles.

—¡Claro! —exclamó Welby socarronamente—. Y levantar quioscos de formas futuristas donde los indios, disfrazados de pilotos interplanetarios, ofrezcan gaseosas y Coca Cola a los grupos de excursionistas.

Callaron, ahogados por la rapidez de la caminata. Los aeroplanos pasaban una y otra vez sobre sus cabezas con formidable estruendo de motores. Él recodo apareció al fin ante Welby y éste contuvo el aliento en el momento de enfrentarse con lo desconocido. Por fin...

¡Allí estaba el platillo volante!

Y junto al platillo todos los habitantes de Cedar Ridge con sus caballos, sus rifles y sus escopetas. Y todo el equipo geológico de la Comisión de Energía Atómica curioseando, haciendo deducciones y sacando fotografías.

Aquel paraje y la máquina extraordinaria podían resultar muy impresionantes en la oscuridad, la soledad y el silencio de la noche. Pero ahora, a pleno sol y con las laderas de la garganta llenas de gente, el lugar y el platillo volante perdían su atmósfera de misterio. Welby se sintió extrañamente defraudado.

Sin embargo, examinó curiosamente la máquina mientras se acercaba a ella. Era de color gris perla, completamente desprovista de aquella fantasmagórica luminiscencia que tanto impresionó a los muchachos que la descubrieron y a los que posteriormente fueron a confirmar al hallazgo.

Vendrían a medir unos 35 o 40 metros de diámetro. Más que de un disco que se hinchaba en el centro se trataba de un cuerpo esférico de unos 7 metros de diámetro rodeada de un anillo muy ancho que se adelgazaba progresivamente hasta terminar en un canto afilado. Estos cantos tenían a intervalos regulares unas muescas en el interior de las cuales se alojaba una esfera tan alta como un hombre. Estas esferas eran por lo tanto más gruesas que el borde afilado del anillo y sobresalían unos palmos por encima y por debajo de él.

Ni un remache, ni una abertura parecida a puerta o ventana rompía la fría lisura de las superficies del aparato. Sin embargo, se veían cerca de los bordes señales de pintura roja que podían corresponder a un dibujo o insignia vistos en una perspectiva muy baja.

La máquina, no tenía, por lo demás, tren de aterrizaje visible. Descansaba sencillamente sobre la parte inferior de la esfera central en contacto directo con el suelo.

Al aproximarse Welby y el superintendente avanzó al encuentro de éstos el profesor Hartwell, el cual llevaba colgado sobre el pecho una cámara fotográfica.

—Bueno, doctor —dijo Lester—. Ahí tiene usted eso. Si se llama platillo volante o cualquier otra cosa, no lo sé. Lo que sí puedo decirle es que eso no han brotado del suelo ni ha sido traído hasta aquí arrastrado por un tractor.

Welby no contestó, porque el geólogo llegaba en estos instantes y exclamaba:

—¡Hola, doctor! ¿Qué me dice de esto? —y señalaba a la máquina. Welby contestó:

—No sé qué decirle. Creí que al llegar aquí me encontraría con un avión un poco extraño... algo parecido a un ala volante que hubiera tenido que realizar un aterrizaje forzoso. Pero ni eso es un aparato de formas conocidas ni parece que haya llegado con violencia alguna.

—No —dijo Hartwell—. Todo parece indicar que se posó en el suelo con suma suavidad.

—¿No se ha movido? —preguntó el superintendente.

—No desde que nosotros llegamos, hará cosa de media hora. Pero los indios que usted dejó aquí dicen que no se ha movido ni ha salido nadie de él.

—¿Es peligroso acercarse? —pregunto Welby observando que todos los curiosos se mantenían a una prudencial distancia del artefacto.

—No lo creo —contestó Hartwell—. La radioactividad que este aparato despidе es perfectamente tolerable.

Arthur Welby se adelantó hacia el aparato seguido de Hartwell y de Lester. Cerca de la máquina se encontraron con mister Stanton, el cual acababa de darle una vuelta seguido de un grupo de hombres.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó—. ¿Han visto ustedes el emblema de este aparato? Parece el de la China nacionalista, es decir, un sol llameante. Sólo que éste tiene a su alrededor nueve estrellas rojas de cinco puntas. También hay unos caracteres que parecen cifras o letras

árabes.

—¿No han intentado subir a bordo? —preguntó Welby examinando la máquina. Y Hartwell contestó:

—No se ve puerta ni ventana alguna.

—El anillo parece fundido de una sola pieza, pero es hueco —dijo Stanton—. La esfera tampoco tiene uniones ni remaches, pero no está unida al plato.

—Vamos a verlo —dijo Welby metiéndose debajo del ala anular, la cual quedaba por encima de su cabeza.

El grupo le siguió. Hartwell tomo una piedra y golpeó con ella en la cara inferior del anillo. El ruido sonó a hueco y a metálico.

A medida que se internaban bajo la enorme ala ésta aumentaba de grosor obligando a los hombres a inclinar la cabeza. Agachado, Welby llegó hasta la esfera metálica. Según pudo comprobar, la esfera formaba cuerpo aparte con el anillo, pero estaba unida a éste por medio de un robusto eje, más bien una arandela, que tenía quizá tres metros de diámetro.

El grupo se había esparcido en todas direcciones por debajo del anillo. Thomas el practicante que había ayudado a Welby en la intervención quirúrgica de aquella madrugada, llamó al señor Stanton:

—Venga aquí, profesor. Esto parece la ranura de una puerta. Todos se dirigieron hacia Allí.

Lo que Thomas señalaba, en efecto, era una larga ranura tan delgada que difícilmente cabría por ella la hoja de un cortaplumas. Siguiendo el trazado de esta ranura los exploradores no tardaron en comprobar que delimitaba el área de una plancha que vendría a medir unos tres metros de longitud por uno de anchura. Cerca del extremo exterior de este rectángulo se veía un hueco del tamaño de un puño y en él un botón metálico del tamaño de una moneda.

—Es una escotilla de acceso, no cabe duda —murmuró Welby con voz emocionada—. Apuesto a que si ahora apretamos ese botón cae la plancha hacia abajo.

—Bueno, pues no lo aprieta usted —dijo Hartwell mirándolo con desconfianza.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos lo que puede pasar si lo hacemos, ni los peligros que pueden aguardarnos dentro.

—A mí me parece que si hubiera alguien dentro ya habría dado señales de vida —dijo Stanton.

—Quizás encontremos dentro a la tripulación muerta.

—O no exista tripulación tal y como nosotros la concebimos —agregó Welby—. Esta máquina podría ir guiada por cerebros electrónicos o dirigida por control remoto. —¿No les parece mejor que aguardemos? —insinuó Hartwell. Y Welby preguntó:

—¿Aguardar a quién?

—Supongo que no tardará en llegar alguien experto en la materia.

—Mi querido amigo —exclamó Welby—. ¿Acaso hay alguien entendido en materia de platillos volantes? Esta es nuestra primera experiencia, al menos que yo sepa.

—Puede que sea también la última si usted aprieta ese botón. Lo más probable es que la máquina entera reviente en mil pedazos llevándonos a todos a la gloria.

—¿Por qué cree usted eso?

—¡Hombre! —exclamó Hartwell dando muestras de exasperación—. A mí me parece que nadie abandona un platillo volante así como así para que vengamos nosotros y metamos las narices en él. Terrestre o ultraterrestre, esta máquina constituye una revolución aeronáutica cuyo secreto ha sido celosamente guardado hasta ahora por sus constructores. ¿Cree que éstos abandonarían su aparato sin destruirlo?

—No. Y eso prueba una de estas dos cosas. O la tripulación pensaba volver enseguida o un grave accidente, emanación de gas o escape radiactivo, causó la muerte de sus ocupantes sin que estos tuvieran tiempo de destruir su aparato.

—Eso creo yo también —dijo el geólogo—. Pero supongamos que la tripulación tuvo que abandonar el aparato. Nadie lo haría, sobre todo si se trataba de un platillo volante, sin antes disponer de un sistema que lo destruyera en el caso de que alguien extraño a él intentara forzar su puerta.

Welby se encogió de hombros y dijo:

—Exagera usted, señor Hartwell. Las probabilidades de que alguien encontrara el platillo volante en esta desolada región, en plena noche y en el fondo de un barranco, eran quizás de una contra un millón.

—Todo lo que usted quiera. Sin embargo, un platillo volante puede ser algo de tanta importancia que merezca la pena tener en cuenta esa remota probabilidad.

—Bueno —dijo Welby—. Supongamos que los tripulantes de esta máquina fueron desconfiados hasta ese extremo. Supongamos que prepararon un dispositivo tan complicado que sólo a ellos les permita subir a bordo sin que se produzca una explosión. Ellos no serán tan amables que vengán a abrirnos la puerta. Por lo tanto, si es que deseamos ver lo que hay dentro, tendremos que correr el riesgo y apretar ese botón, ¿no es eso?

—Tal vez los técnicos que vengán a examinarlo decidan entrar practicando un boquete en otra parte.

—Sería una tontería. Si existe un dispositivo destructor capaz de distinguir entre la mano amiga o la extraña que aprieta el botón, ¿por qué no ha de actuar también si alguien aplica un soplete contra las planchas del aparato?

Mister Hartwell hizo un ademán irritado.

—¡Pero hombre de Dios! —grito— ¿Qué prisas le acucian a usted? ¿Es que no puede esperar hasta que vengán las autoridades y decidan lo que ha de hacerse?

Y Welby exclamó:

—¡Oh, conozco bien los sistemas oficiales! Dentro de un rato llegará un Capitán de Policía. El Capitán examinará el aparato con cautela y correrá a avisar a su Comandante. El Comandante se pondrá en contacto con el Gobernador, éste con el Presidente, y el Presidente dará un telefonazo al Pentágono. Del Pentágono se impartirán órdenes al Ejército y a las Fuerzas Aéreas. Vendrán más aeroplanos. Vendrá el Ejército con tanques y artillería. Llegarán de todos los rincones del país ingenieros, diseñadores y expertos en Física nuclear. Se pondrán a discutir. Los periodistas escribirán reportajes sensacionales. Los sabios seguirán discutiendo... ¿Y sabe usted qué brillante decisión tomarán al final? ¡Apretar este botón para ver que ocurre! Así que ordenaran evacuar a todo el mundo, y un par de valientes se acercarán con pies de plomo para oprimir el dichoso botoncito. Eso también sé hacerlo yo. Así que retírense a prudencial distancia y déjeme a solas con este

chisme.

Hartwell volvió sus angustiados ojos hacia el superintendente Lester.

—Usted se lo impedirá, naturalmente —exclamó.

—No veo la forma de impedirselo. A decir verdad, tampoco a mí me parece que vaya a ocurrir nada extraordinario si abrimos esa puerta. A lo mejor la puerta no quiere abrirse. Pero nosotros lo intentamos.

—¿Quiere decir que aprueba la idea de ese loco? —gimió Hartwell.

—Lo que digo es que me quedo aquí para ver qué pasa. Llévase a sus mineros y póngase algodón en los oídos.

—Yo me quedo —anunció Thomas. Hartwell miró a su colega.

—Bueno —farfulló Stanton—. No quiero que luego se diga que fui un cobarde. Cerraré los ojos mientras el doctor aprieta el botón.

Hartwell se alejó moviendo la cabeza con pesimismo.

—Voy a decirles a los indios que se vayan también —dijo Lester.

Welby, Thomas y mister Stanton tomaron asiento sobre una roca. Desde allí vieron a Hartwell que se retiraba hacia el recodo de la torrentera seguido de los buscadores de uranio. Y al superintendente Lester reuniendo a gritos a los indios y haciéndoles señas para que se marcharan.

Al cabo de un buen rato Lester regresó seguido de una veintena de pieles rojas, todos armados de rifles.

—Estos se han ofrecido voluntarios para quedarse y protegernos si hace falta —explicó Lester. Y tendiendo un revólver a Welby agregó —: Tome esto, no vaya a resultar que el platillo esté habitado.

Welby empuñó la pistola. Esperaron un buen rato luego que el último indio había desaparecido tras él recodo de la garganta.

—Bueno —dijo el doctor un tanto emocionado—. Vamos allá.

—No toque el botón directamente con los dedos —recomendó el geólogo—. Está impregnado de radioactividad.

Welby levantó la mano y apoyo el cañón del revólver sobre el botón. El corazón la daba bruscos saltos en el pecho. Las caras de sus amigos estaban contraídas en una mueca de ansiedad y expectación.

—Ese tonto de Hartwell nos ha puesto algo nerviosillos —murmuró Welby. Y apretó el botón con fuerza.

CAPÍTULO IV

Escuchóse un chasquido. La plancha empezó a bajar del extremo externo, manteniéndose unida por unas ocultas bisagras al interno.

Un rayo de luz roja brotó por la grieta y los hombres saltaron a derecha e izquierda para quedar a la expectativa, empuñadas las armas y la respiración en suspenso, mientras la plancha seguía bajando y dejaba ver en su cara interior unos escalones de cristal que la luz coloreaba de rojo.

La escalera así formada por la plancha separada tocó suavemente en el suelo y quedó inmóvil.

Nada extraordinario ocurrió. No sonó una descarga procedente del interior ni hubo emanación visible de gases deletéreos, ni se escuchó ruido sospechoso alguno. Por el contrario, un silencio pesado y denso flotaba sobre la barranca, sólo roto por el lejano temor de los motores del bombardeo que seguía dando vueltas sobre el platillo volante.

Hasta los cazas de chorro parecían haberse puesto a salvo alejándose de allí.

Arthur Welby estiró el cuello para mirar por el hueco rectangular.

—Creo que podemos subir —dijo.

Y adelantándose confiadamente, empezó a subir la escalerilla.

El anillo que envolvía a la esfera central, como quedó dicho, aumentaba progresivamente de grosor desde el extremo afilado de los bordes de ataque hacía el hueco circular donde encajaba la esfera.

Welby se vio ante un corto pasillo, rodeado de tuberías, manojos de cables eléctricos y extraños bloques de maquinaria por todos los lados. Si lo hubiera deseado habría podido internarse en aquel dédalo de tubos y máquinas sorteando por entre los huecos existentes entre éstas.

Pero su atención estaba fija en el pasillo que abría entre el laberinto amontonamiento de mecanismos. Empuñando con resolución el Colt

se internó en el corredor paso a paso, no poco impresionado por el complicado sistema mecánico que se ocultaba tras la sencilla apariencia exterior del platillo volante.

El corredor no era muy largo y le llevó a una escotilla circular de un metro aproximadamente de diámetro. Esta escotilla estaba abierta. Su puerta, apartada a un lado, había girado sobre unas bisagras de extraordinaria robustez. La puerta en sí justificaba el vigor de estos goznes, pues era de gran espesor y de cuatro diámetros distintos a modo de las que usan en las cajas fuertes.

Welby se detuvo. Y Lester, que le seguía a corta distancia, le clavó el cañón de su Winchester en los riñones.

—¿Qué ocurre?— preguntó el superintendente con voz sigilosa.

—No hay luz aquí dentro. ¿Pensó alguien en traer una linterna?

La pregunta se corrió a lo largo de la fila de hombres que ocupaban el pasillo hasta aquellos que todavía estaban subiendo la escalera.

—¡Una linterna! ¿Tiene alguien de ustedes una linterna?

—Yo traje una —dijo Lester—. Pero me la volví a llevar y la dejé en el coche. ¿Quiere cerillas?

—Bueno, a ver una cerilla.

Rascó el fósforo. Welby tomó la cerilla y se asomó con ella por el hueco de la escotilla.

—Aquí hay algo que parece un interruptor —se le oyó decir.

Y acto seguido sonó un chasquido y un deslumbrante chorro de luz blanca salió por el agujero circular.

Welby saltó dentro de una espaciosa cabina que tenía la forma de cúpula. Mirando en torno en busca de tripulantes muertos o vivos, Arthur Welby vio en el centro de la cabina y sobre un estrado circular dos sillones de alto respaldo que se metían, por así decirlo, dentro de una gran pantalla semicircular. Esta pantalla, que más bien parecía una coraza que tuviera por misión proteger a los pilotos por delante y por ambos costados, se apoyaba sobre un tablero de instrumentos en forma de media luna, materialmente atestado de interruptores, botones, lucecillas de diverso color y esferas indicadoras.

Haciendo saltar sus ojos de un lado a otro, Welby advirtió una especie

de mesa o banco que se corría a todo lo largo de las paredes. Este banco estaba dividido en dos secciones a causa de sendos espacios huecos, uno de los cuales correspondía a la escotilla por donde acababa de entrar. Welby y el otro a otra escotilla cerrada que se veía en el extremo opuesto de la cabina.

Libros, mapas, reglas, sextantes, semicírculos graduados, máquinas calculadoras atornilladas al tablero y diversos objetos más estaban esparcidos encima de este banco. También se veían aquí y allá, alineados ante el banco, algunos taburetes que podían graduar su altura por medio de la rosca sobre la cual se apoyaban.

Por último y junto a la escotilla había en el piso un agujero con el arranque de una escalerilla de cristal.

Welby corrió a asomarse a esta segunda escotilla. Lo único que vio fue la escalerilla que bajaba hasta un estrecho pasillo.

El superintendente Lester, mister Stanton, Thomas y un par de navajos habían entrado en la cabina en pos de Welby y miraban a su alrededor entre sorprendidos y recelosos.

—Estamos dentro de la esfera —exclamó Thomas—. ¿Pero cómo hemos llegado hasta aquí si la esfera está separada del anillo?

—Sencillamente, por el interior del eje hueco que une la esfera al anillo —contestó mister Stanton.

Welby señaló al abierto agujero que se abría en el piso.

—¿Bajamos? —preguntó. Y sin aguardar a recibir respuesta se asió a los pasamanos de cristal y empezó a bajar la escalerilla.

Encontró un interruptor y lo accionó. Brilló la luz.

El corredor donde se encontró era estrecho y tenía cuatro puertas. Dos a cada lado. Welby abrió la primera de la derecha y encendió la luz.

El camarote que vio correspondía a la cuarta parte del espacio disponible en la mitad interior de la esfera y era muy pequeño. Una litera y un asiento plegadizo lo ocupaban por entero. La litera tenía debajo un armario que Welby abrió de par en par poniéndose en cuclillas.

El armario contenía ropas de cama, algunos trajes que no se entretuvo en examinar, dos pares de zapatos de hombre, libros y un instrumento de cuerdas parecido a una cítara.

—¿Qué hay ahí? —preguntó mister Stanton asomándose a la puerta. Welby tomó uno de los libros y lo abrió. Estaba impreso en unos caracteres curvos, sumamente extraños, que dejaron perplejo al joven doctor.

Mostró el libro abierto a Stanton.

—¿Qué me dice de esto? Stanton contestó:

—No se parece a ninguna escritura que yo haya visto hasta hoy. ¿Sabe lo que le digo Welby? Creo que esta máquina no es de la tierra.

—Sin embargo, ha estado tripulada por seres humanos. Observe todo cuanto nos rodea. ¿Hay algo que nos sea extraño y tenga una distribución o una forma distinta de las cosas que nosotros estamos acostumbrados a usar cada día? Los interruptores están en su debido sitio, las puertas tienen tiradores adaptados a la forma de nuestras manos y dimensiones propias para nuestra estatura y corpulencia. Mire esta litera, exacta a las nuestras. Estos zapatos son de un pie configurado como el nuestro... y esa cítara, construida en arreglo a nuestra concepción del sonido y la armonía, ¿le da a usted noción de unas criaturas distintas nosotros en forma, naturaleza, aficiones y sentidos?

Stanton se rascó pensativamente la cabeza.

—Bueno —murmuró—. ¿Por qué no han de vivir en otros planetas seres idénticos a nosotros? ¿Es que si existen habitantes en Marte han detener forzosamente la forma de pulpos y demás bichos asquerosos que les han atribuido Wells y otros escritores fantásticos?

Welby contestó:

—La verdad es que si hubiera seres vivos e inteligentes en Marte, éstos tendrían que ser bastante distintos de nosotros.

Escuchóse en esto la voz del superintendente Lester que gritaba en el pasillo:

—¡Eh, doctor...! ¡Mire lo que acabo de encontrar!

Y Welby y Stanton se volvieron para ver a Lester que entraba llevando contra el pecho una prenda indiscutiblemente femenina.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Welby.

—Del armario de esa otra cabina. Pero no se precipite —dijo Lester

guiñando sus picarescos ojillos—. La bella marciana que suele rellenar estas cosas no está allí.

Stanton tomó aquella prenda, la enganchó en un dedo y la levantó en el aire exclamando:

—¡Y todavía no faltará quien diga que las marcianas son unos pulpos! Welby salió al pasillo y entró en la cabina que enfrentaba al camarote del tripulante masculino. Thomas, de rodillas en el piso, se ocupaba en sacar cosas del armario que había debajo de la litera. Entre estas cosas no faltaban los libros a que tan aficionados parecían los tripulantes del platillo volante, pero casi todo era ropa: prendas íntimas femeninas y trajes de corte masculino.

—La marciana debía vestir como un muchacho —observó Thomas señalando los pantalones de hombre, las camisas, las blusas y algunos monos—. No he visto ni una falda, ni medias, ni vestidos.

Welby tomó una de las prendas y la palpó.

—Tejido de lana —murmuró defraudado.

Abandonó la tela, levantó un libro del suelo y lo ojeó. Estaba impreso con los mismos cabalísticos signos que ya sorprendieron anteriormente.

Tiró el libro al suelo y salió al pasillo. Lester y los indios acababan de explorar los otros dos camarotes. —¿Qué hay ahí? —preguntó Welby.

—Mas ropa de hombre en uno de los camarotes. En el otro, nada.

Welby empujó una pequeña puerta que se veía al fondo del pasillo. Conducía a un pequeño lavatorio.

Dando por terminada la inspección, los intrusos subieron por la escalerilla a la cabina superior. Examinaron los sillones, los mandos y la gran pantalla cóncava. Luego los dos largos bancos que había a lo largo de las paredes circulares.

Uno de los bancos parecía dedicado exclusivamente a la navegación aérea. Aparte de los mapas extendidos sobre la mesa había grandes cantidades de ellos en el espacioso armario que había bajo el tablero del banco. Muchos de estos mapas estaban impresos en inglés, en los mismos Estados Unidos y en Inglaterra. Pero había también mapas de diversa procedencia, y en ellos se comprendía toda la cartografía existente sobre el planeta.

—La tripulación de este platillo volante conoce al dedillo la topografía de nuestro planeta —observó Arthur Welby.

También encontraron un montón de cartas para la navegación astronómica. Estos mapas, que representaban los movimientos de todos los planetas del reino del Sol y las múltiples constelaciones dispersas en el ámbito sideral, eran de grandes dimensiones y estaban impresas con un esmero prodigioso.

A Welby, apasionado aficionado a la astronomía, le hubiera gustado llevarse algunos de estos mapas. No obstante se limitó a echarles una superficial ojeada.

De hecho había tantas cosas que excitaban su curiosidad que hubiera tenido que distraer una semana entera para examinarlas todas a gusto. En aquel armario encontraron también un pequeño arsenal de armas consistente en escopetas de caza, rifles de grueso calibre, ligeros fusiles ametralladoras y algunas pistolas.

En general, estas armas no diferían mucho de las que empuñaban los exploradores, al menos en su forma. Pero Welby no excluía la posibilidad de que el funcionamiento se basara en otros principios, si bien no se entretuvo en comprobarlo.

Le faltaba examinar el largo banco semicircular opuesto. Fue allí y abrió los armarios. Uno contenía una cocina eléctrica completa. Otro estaba atestado de utensilios. Y el más grande presentaba filas de frascos de cristal rotulado que al parecer contenían carnes, frutas y legumbres en conserva.

—Bueno —suspiró Stanton—. Creo que ya hemos visto todo. ¿Qué deduce usted de ello, doctor Welby?

—Que los tripulantes de ésta máquina tienen estómago como nosotros —contestó Welby mirando uno de los botes a tras de la luz.

—¿Es eso extraordinario? —Quizás lo sea para tratarse de seres de otro mundo. Y Lester observó:

—Parece usted defraudado, ¿eh, doctor?

—Confieso que lo estoy. Excepto en la técnica que distingue a esta máquina y en la escritura cabalística que hemos visto en los libros y en algunos mapas, este platillo volante puede ser tan terreno como su viejo Ford.

—Apuesto a que le hubiera gustado más encontrar aquí arriba

hombres en forma de pera o de pepino con patas y rabo.

Welby no contestó. Estaba mirando aquella escotilla circular que enfrentaba a la que ellos utilizaron para entrar en la cabina. Fue hasta ella y la examinó. Se parecía a las compuertas estancas de un submarino.

—Debe corresponder al otro extremo hueco del eje que une la esfera donde estamos al anillo que nos rodea —observó Stanton.

—Veamos a donde conduce —dijo Welby haciendo girar el volante.

Las barras de acero se deslizaron silenciosamente, Welby empujó con fuerza y la pesada puerta se abrió con lentitud.

Conducía al interior hueco del anillo, repleto de tuberías y máquinas. Los exploradores avanzaron por él hasta topar con una escalerilla ascendente. No tardaron en encontrar un botón que, al ser oprimido, hizo levantar una sección rectangular aproximadamente de las mismas dimensiones que la plancha de entrada por donde habían subido al aparato.

Un retazo de cielo azul apareció sobre las cabezas de los exploradores. Y en estos instantes, media docena de panzudos transportes aéreos cruzaban dejando caer sendos chorros de objetos que al punto se desplegaron cubriendo el espacio con las blancas flores de los paracaídas.

—¿Qué es esto? —exclamó mister Staton. Y Lester contestó:

—Las fuerzas aéreas toman sus precauciones. No han tardado mucho en venir, después de todo.

Por encima de los paracaidistas volaban en perfecta formación un centenar de aviones a chorro.

—Esto se va animando —dijo Thomas.

Welby echó una ojeada a su reloj de pulsera, sorprendiéndose de la rapidez con que había transcurrido el tiempo. Era el filo del mediodía. Entonces recordó a la señora Granger y al deber que le reclamaba en Cedar Rigde.

—Debo volver al pueblo —anunció—. ¿Viene usted, Lester?

—Me quedará un rato más por aquí. Pero puede usted coger mi automóvil.

El grupo desandó el camino hasta la cabina y abandonó el platillo volante por la misma escotilla que utilizaron para invadirlo. Por el recodo de la torrentera venía mister Hartwell seguido de sus buscadores de uranio y de todos los habitantes de Cedar Ridge. Del cielo seguían lloviendo paracaidistas, pero ninguno aterrizó en la misma torrentera.

Hartwell, entre contrito y humillado, escuchaba la descripción que del interior del platillo le hacía su colega Staton. Welby se dispuso a marchar.

—Lleve por lo menos un par de indios armados para que me acompañen —aconsejó Lester.

—¿Para qué?

—¿Se olvida usted de los tripulantes del platillo doctor? Bien pudiera ser que se encontraron por estos contornos esperando una ocasión para recuperar su aparato.

—No es probable que tengan esa ocasión —contestó Welby mirando a los paracaidistas y a los aeroplanos que tronaban por encima de sus cabezas.

—Llévese a los navajos, de todas formas. Podría encontrarse con ellos y ser atacado.

Welby aceptó a regañadientes la escolta de dos indios armados de rifles. Lester se empeñó también en que conservara el revólver que le había entregado cuando se preparaban a invadir el platillo volante.

—Se pierde usted lo mejor —aseguró Lester cuando le acompañaba hasta él recodo de la torrentera—. El momento en que llegan los generales y se sienten un poco en ridículo al ver que la máquina interplanetaria ya ha sido explorada por nosotros.

Welby contestó:

—Me gustaría más estar presente cuando todos los sabios del país se reúnan en este agujero para discutir el origen de esta máquina.

Después de esto, se marchó seguido de los indios.

Poco después, al escalar penosamente el empinado talud de la torrentera, se encontraba ante una patrulla de fuerzas paracaidistas completamente equipadas y armadas de ametralladoras.

—¡Alto! —gritó un sargento saltando detrás de una roca y encañonando a Welby con una pistola.

El médico y los indios se detuvieron. El sargento se acercó y exclamó:

—¡Que me aspen si son ustedes habitantes de otro planeta! ¿De dónde salen?

—De ahí abajo —contestó Welby—. Hemos estado viendo el platillo volante.

—¿Luego es lo que parece? —preguntó el sargento. Y Welby contestó:

—Pueden acercarse ustedes sin cuidado. Nosotros hemos mirado hasta el último rincón de ese platillo y no hemos encontrado nada sospechoso. —¿Quiere decir que han podido entrar en el platillo sin que nadie se lo impidiera?

Welby exclamó:

—¿Quién había de impedirlo? No hay nadie a bordo de la máquina.

El sargento quedó atrás con su expresión de incredulidad y asombro y Welby y los indios siguieron marchando bajo el demoledor Sol del mediodía cruzándose con más soldados que avanzaban lentamente en dirección a la barranca.

Aquí y allá flameaban sobre el pétreo desierto rojizo las manchas blancas de los paracaídas abandonados. No se escuchaba más ruido que el producido por los aeroplanos que evolucionaban en el cielo.

Poco después Welby veía un par de helicópteros que parecían venir del Oeste, seguramente de la Base Aérea de Saint George. Y apenas los helicópteros se habían alejado cuando advirtieron una nube de polvo que se acercaba por el Oeste.

Quince minutos más tarde la nube de polvo se identificaba como la producida por las motos de dos policías patrulleros que avanzaban por el accidentado terreno dando brincos como potros salvajes cayendo aquí y levantándose allá para volver a caer poco más adelante.

Los motoristas pasaron a cierta distancia de Welby y los indios sin detenerse.

Al fin, sudorosos y cubiertos de polvo de pies a cabeza, Welby y los indios alcanzaron la carretera. Los automóviles y camionetas esparcidos por el terreno a modo de un rebaño de extrañas bestias que

pastaran los resecos hierbajos, habían aumentado de número desde la mañana.

Todos los turistas que pasaron por allí aquel domingo oyeron hablar de la existencia de un platillo volante en las inmediaciones y se estuvieron para hacer preguntas o atravesar el desierto a pie para ir a verlo.

Welby se despidió de los indios, que acababan de ser contratados por un grupo de automovilistas para que les guiaran hasta el platillo volante, y emprendió solo el regreso hacia Cedar Ridge tripulando el maltratado Ford del superintendente de la reserva india.

La carretera, accidentada como correspondía a un territorio tan quebrado, era pródiga en curvas cerradas, pendientes y pasos sobre profundos barrancos.

A poco de haber emprendido la marcha, al doblar una curva se descolgaba sobre el barranco, Welby se encontró ante un camión-grúa y un automóvil de la policía que estaban detenidos al filo del abismo. Un agente hizo señas a Welby, presintiendo algo anormal, detuvo su automóvil ante el policía.

—¿Qué ocurre agente? —preguntó.

—Un accidente —dijo—. Un automóvil se despeñó por aquí la noche o la madrugada.

—Soy médico —dijo Welby abriendo la portezuela y saltando a tierra—. ¿Puedo ser útil en algo? ¿Hay heridos?

—No creo que pueda serle útil a la víctima, excepto para hacerle la autopsia —contestó el policía—. El coche se incendió y el conductor pereció abrasado. Estamos buscando por si encontramos más victimas desperdigadas por ahí.

Welby avanzó hasta el filo del barranco y miró abajo. Un agente de policía trepaba penosamente el empinado talud asiéndose a las matas. Allá en el fondo se veían muy pequeños hombres del equipo de salvamento moviéndose alrededor de los retorcidos restos de un automóvil ennegrecidos por el fuego.

—¿Hay algo? —preguntó el agente que estaba en la carretera al que trepaba por el talud.

El otro agitó algo en el aire. Poco después alcanzaba la carretera y con el aliento entrecortado por el penoso esfuerzo decía teniendo un

objeto:

—Hemos... hemos identificado... a la víctima. El parabrisas salió despedido a distancia... y la patente se salvó... del fuego.

El agente tomó la carterita de cuero que tenía una cara de plástico.

—El coche pertenecía a Charlie Granger —le dijo.

—¡Granger! —exclamó Welby— ¿Ha dicho Granger?

—Sí —Charlie Granger, de Saint George, Utah. Tripulaba un Chevrolet modelo mil novecientos cincuenta y dos, color crema. ¿Le conocía usted?

—Si —dijo Welby. Y contó lo ocurrido aquella madrugada.

—Es curioso —dijo el policía—. La señora Granger está en peligro de morir por una perforación de estómago y tiene que abandonar el viaje, con lo cual salva la vida dos veces. Bien; tenemos que darle la noticia.

—En el estado que se encuentra no convendría decírselo ahora —dijo Welby—. Esperen al menos un par de días.

—Lo haremos así, puesto que usted lo recomienda. Pero avisaremos a la familia que pueda tener en Saint George y les diremos que la señora Granger no iba en el coche y se salvó. ¿Le parece bien?

Welby se mostró de acuerdo y volvió a su automóvil.

—¡Oiga! —dijo uno de los policías— ¿Sabe usted algo de ese platillo volante que dicen han encontrado escondido en un barranco cerca de aquí?

El doctor tuvo que saciar la curiosidad de los agentes. Luego prosiguió su viaje hacia Cedar Ridge, profundamente impresionado por todo cuanto había corrido en el transcurso de medio día.

CAPÍTULO V

Para el anochecer del domingo el aspecto de Cedar Ridge había cambiado por completo.

Una brigada de tanques, precedida de rápidos carros blindados,

acababa de llegar a marchas forzadas desde Flagstaff, marcando profundamente el asfalto de la carretera y alterando la perezosa tranquilidad del poblado con el estruendo de sus cadenas.

Los tanques se quedaron en Cedar Ridge a la espera de nuevas ordenes, mientras el equipo minero de la Comisión de Energía Atómica, bajo la dirección de mister Stanton y mister Hartwell, abría a toda prisa un camino a través del desierto.

Mientras tanto, y para conducir hasta el platillo volante a los personajes que iban llegando en desenfrenados automóviles oficiales un grupo de helicópteros de las fuerzas Aéreas había establecido su base en Cedar Ridge haciendo continuos viajes desde el pueblo a la barranca ocupada por los paracaidistas.

Llegaban también camiones militares atestados de tropas, remolcando cañones, proyectores y cocinas de campaña, autocubas con largos de petróleo y rápidos jeeps tirando de piezas anticarro.

Las afueras del poblado habíase transformado en un campamento militar. Un poco más allá, una brigada del Cuerpo de Ingenieros llevaba de un lado a otro las explanadoras que construirían en una sola noche una pista de aterrizaje capaz para aviones de transporte.

Y todo esto iba acompañado del consiguiente trajín de enlaces, tendido de línea telefónicas y emplazamiento de policías de tráfico militar, así como del estrépito de motores de aviación, camiones, automóviles, sirenas y toques de trompeta.

Cedar Ridge, como anunciaría uno de los periodistas que en forma de nube de langostas se dejó caer sobre el poblado. «Se había convertido en el punto más peligroso de los Estados Unidos». Para un posible invasor, por supuesto.

A Arthur Welby, que desde la puerta de su casa veía aquel desenfrenado pasar de camiones, tanques y aviones, todo ese aparato bélico se le antojaba un poco ridículo y fuera de lugar. La rapidez con que las fuerzas armadas del país habían desplegado en torno al platillo volante era laudatoria, pero innecesaria a juicio del doctor.

—Los generales no lo creen así —dijo el superintendente cuando regresó al anochecer en uno de los helicópteros.

Y Welby preguntó:

—¿Temen que regrese la tripulación o que el platillo remonte el vuelo sin llevar a nadie a bordo?

—Lo que se teme es que vengan otros platillos volantes con ánimos de recuperar o de destruir a éste. Que los platillos volantes pudieran atacar era cosa que nos hubiera hecho reír hace sólo veinte horas. Pero ahora sabemos que existen, pueden llegar de un momento a otro.

—¿Se sabe si poseen medios de ataque?

—Sí. El anillo hueco que rodea a la esfera no está lleno solamente de tuberías y máquinas. Los técnicos aeronáuticos que subieron a bordo esta tarde descubrieron que los platillos volantes llevan una buena cantidad de una especie de cohetes que parecen proyectiles dirigidos. Se teme que estos cohetes lleven una carga de explosivos atómicos.

—¡Ah! —murmuró Welby. Y luego preguntó—: ¿Se ha descubierto algo nuevo que pueda darnos una pista sobre el origen del aparato?

—No. Los que subieron a bordo del platillo después de nosotros se limitaron a mirar sin tocar nada. Esa es la orden. No permite subir a bordo a personas civiles, ni siquiera a los periodistas. Al parecer quieren que todo este intacto cuando lleguen los expertos.

—Sabía que procederían así —murmuró Welby—. Por eso quise entrar en el aparato antes que éste se convirtiera en tabú.

—Bueno —suspiró Lester—. Estoy molido con tanto ajeteo. Voy a echarme un rato. Y ahora que me acuerdo, ¿Cómo sigue la señora Granger?

—Bien tiene fiebre alta, pero progresa con rapidez. ¿Sabe usted? Su marido se despeñó anoche en su automóvil poco después de salir de aquí. Ella ignora todavía que ha muerto y no conviene que lo sepa por ahora. Así que guárdeme el secreto.

Lester prometió hacerlo y después de algunas frases de condolencia por el infortunio de la señora Granger, se marchó. Welby entró en su casa y se trasladó a la enfermería. La paciente estaba despierta y volvió sus grandes ojos pardos hacia el doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó— Me ha parecido oír ruido de aeroplanos y toques de corneta.

—Verá usted: los indios descubrieron anoche un platillo volante posado en una torrentera no muy lejos de aquí. No tema —dijo Welby, advirtiendo la expresión de espanto de los ojos de la mujer—. No había nadie a bordo ni es probable que su tripulación pueda volver a él. Fuerzas del ejército rodean el aparato mientras que la artillería y los aviones militares vigilan el cielo por si vinieran otras aeronaves en

auxilio de ésta.

La joven señora murmuró algunas palabras ininteligibles y cerró los ojos.

—Bueno —dijo Welby poniéndose en pie—. No tiene que preocuparse usted hasta ahora por un platillo volante de más o menos. Descanse.

Welby abandonó la enfermería para entrar en el quirófano y reanudar la tarea de armar las diversas piezas de su nuevo telescopio. En esto estaba cuando Mirta introdujo a un grupo de cansados e irritados periodistas.

Los periodistas, como primera providencia, dispararon sus centelleantes flash contra el rostro de Welby. Luego, uno de ellos se presentó a sí mismo diciendo:

—Me llamo Peter Boyle y soy redactor aeronáutico. Observo que es usted aficionado a la astronomía —dijo señalando el telescopio de Welby.

Y Welby contestó.

—Sí y también a la Astronáutica. He leído con interés muchos de sus artículos, especialmente los que tratan de las posibilidades de los viajes interplanetarios.

—La Aeronáutica se inclina progresivamente hacia la Astronáutica. Y la Astronáutica no se concibe sin aliarse a la Astronomía —aseguró Boyle sonriendo—. Compartimos, pues, las mismas aficiones y de ello me congratulo, doctor Welby. Usted ha sido el primer hombre que ha encontrado en un platillo volante. ¿Sabe que no se permite a la prensa meter la nariz en este asunto?

—Tengo noticias de ello, sí. Pero no deben desesperar ustedes. Más pronto o más tarde se les permitirá subir a bordo.

—No si las Fuerzas Aéreas se proponen copiar esa astronave y reservarse el secreto para sí, que ahora vigilan. De una forma u otra el público está horas ansioso por saber cómo es un platillo volante. La radio ha dado los pormenores de su hallazgo, pero las características del aparato son top secret. Usted, que pudo examinarlo a su gusto, por dentro y por fuera, ¿querrá escribirnoslo? —Nadie ha venido a prohibirme que lo haga —contestó Welby. Y empezó a describir el platillo volante tal y como él lo había visto.

Los periodistas se pusieron a tomar notas febrilmente, interrumpiendo

de vez en cuando para hacer alguna pregunta aclaratoria.

—Juzgando por la forma de los objetos que usted vio a bordo del platillo volante ¿Podemos afirmar categóricamente que sus tripulantes son seres idénticos a nosotros?

—Si al decir nosotros se refiere usted todo el género humano sin distinción de razas, sí. Cero que puede afirmarse —contestó Welby.

—¿Por qué hace esa salvedad? —preguntó Boyle.

—Por que aun siendo idénticos a nosotros, esos seres podrían ser de raza negra, amarilla e incluso verde. No les hemos visto el rostro ni tenemos por ahora fotografías de ellos.

—No se conocen hombres de piel verde en la Tierra —apuntó un periodista. Y Welby contestó:

—No es probable que los tripulantes del platillo la tengan así. Lo más seguro es que sean hombres de raza blanca.

—¿Insinúa usted que tanto el platillo volante como su tripulación son terrestres y no extraterrestres, en contra de la opinión general?

—Es descorazonador, pero creo que debe buscarse su procedencia de esa máquina en la tierra mas bien que en el espacio.

Entre los periodistas hubo un movimiento de general asombro.

—Sin embargo —dijo Boyle—, usted acaba de decir que vio a bordo del platillo libros y papeles impresos en un lenguaje desconocido.

—Sí, es cierto. Mas el que sean desconocidos para mí, no implica necesariamente que esos caracteres extraños pertenezcan a una escritura extraterrestre. Tal vez mañana mismo sean descifrados o quizás no lo sean nunca. En realidad también podrían formar parte de un engaño.

—¿Un engaño? —preguntó Boyle extrañadísimo. Y Welby afirmó:

—Sí. Para que puedan encontrar los restos de uno de esos aparatos crean que procede del espacio.

Un silencio consternado siguió a las demoledoras palabras del doctor. Hasta que Peter Boyle le dijo:

—Su idea no es del todo descabellada, doctor Welby. Pero las características de la máquina parece que se oponen a su juicio. Hemos

tenido ocasión de cambiar algunas breves palabras con el atareado señor Stanton antes de venir aquí. ¿Sabe cómo explica él esa fantástica luminiscencia que tanto impresiona a los indios? —No. No he vuelto a hablar con el señor Stanton desde esta mañana.

—¿Se fijó usted en esas esferas que el platillo volante tiene alrededor de los bordes de ataque?

—Sí. Eran seis, todas provistas de una tobera. Las toberas estaban apuntando al suelo, pero al parecer podían volverse también hacia arriba girando sobre sus ejes que las unen a los costados de la mueca donde van alojadas.

—Exactamente —dijo Boyle—. El profesor Stanton cree que cada una de esas esferas es un reactor atómico que lanza por su correspondiente tobera un chorro de electrones producidos por la fisión nuclear. Por las descripciones de ustedes se comprende que cuando las toberas apuntan hacia el suelo elevan el platillo verticalmente por reacción, como si fueran motores cohete. Ya en el aire, el piloto puede impulsar su nave en sentido rectilíneo parando cuatro de los seis reactores. El platillo se sustenta en el aire debido a su velocidad, como si se tratara de un ala volante. Y su piloto combinando la dirección de las restantes toberas, puede dirigir el aparato en un rumbo determinado. Si desea ir a la derecha basta con que haga funcionar la tobera que hay a la izquierda, y si a la izquierda, poner en marcha la de la derecha. Si quiere voltear su máquina en el aire como una tortilla, dirigirá el chorro de dos toberas hacia abajo u el de las otras dos opuestas hacia arriba. La esfera permanecerá inmóvil girando sobre su eje. Para descender, el piloto dirigirá de nuevo todas las toberas contra el suelo e irá quitándoles energía hasta que la máquina descanse en tierra. Pero esos chorros de electrones bañaran, por decirlo así, las superficies de la nave. La espolvorearán con invisible polvillo atómico y luego la máquina emitirá cierta radioactividad. Esta radioactividad, en la oscuridad, emitirá esa extraña fosforescencia que tanto asustó a los muchachos que descubrieron el platillo.

—Sí —dijo Welby—. Su exposición es, sin duda, certera. Pero observe usted un detalle; la máquina está construida para moverse en una atmósfera donde el aire la dará sustentación como a un vulgar aeroplano. Nadie concebiría una nave interplanetaria de esa forma. En el espacio sideral no existe aire, sino un vacío absoluto. No se precisan formas aerodinámicas, pues no hay que vencer ninguna resistencia.

—Bien —contestó Peter Boyle con pupilas centelleantes de animación, satisfecho al parecer de encontrar un digno antagonista—. Admitamos

que las formas aerodinámicas son inútiles en el vacío interestelar. Pero dígame: ¿estorban acaso para la buena marcha del vehículo interplanetario?

—Evidentemente, no —repuso Welby pestañeando con rapidez—. No existiendo aire en el espacio es indiferente que el vehículo adopte la forma de un cajón o de un cohete. —Sin embargo —dijo Boyle—, las formas aerodinámicas pueden ser ventajosas e incluso indispensables para una nave mixta; es decir, que se ha proyectado lo mismo para volar a través de una atmósfera pegajosa, que de un planeta a otro surcando el vacío espacial. Y nuestro platillo volante es una aeronave mixta. Tiene superficies aerodinámicas para ofrecer la mínima resistencia al aire y sostenerse en el aire con un mínimo esfuerzo. Pero tiene también una cabina esférica para poder soportar las grandes presiones interiores y compuertas herméticas de un extraordinario grosor. Y por último ofrece unida al anillo aerodinámico por un eje. ¿Para qué cree usted que está allí el eje?

—Sin duda para que el anillo pueda voltear como una tortilla mientras el piso de la cabina permanece firme, según dijo usted.

Peter Boyle asistió con profundos movimientos de cabeza.

—Es cierto que lo dije. Pero razonemos con lógica. ¿Qué utilidad práctica se deduce del hecho que el suelo de la cabina permanezca quieto mientras el anillo da vueltas a su alrededor? ¿Para qué quiere el piloto voltear su anillo como una tortilla en el aire?

Welby sonrió y dijo:

—Realmente no lo sé.

Boyle contestó con rapidez:

—Yo creo saberlo. El eje está allí, no para que el anillo voltee sin arrastrar consigo a la esfera, sino que para que la esfera voltee en tanto el anillo permanece quieto. ¿Lo ha comprendido ahora?

—Creo que veo a donde quiere usted ir a parar —dijo Welby. Uno de los periodistas protestó diciendo:

—Pues a ver si se explican ustedes, porque aquí no vemos ninguna ventaja en que la cabina voltee sobre el eje, a menos que sea para descalabrar a la tripulación.

Y Boyle explicó:

—Supongamos un vehículo interplanetario al que se le comunica una impulsión ascendente constante, con una velocidad moderada para el despegue. Al alejarse de la Tierra la fuerza de atracción del globo disminuye, más como la fuerza de impulsión la conservamos constante, el vehículo se acelerará en proporción a la diferencia entre su peso actual y el que tenía en la superficie de la Tierra. Esta aceleración dará lugar a una reacción gravitatoria que compensará exactamente la pérdida de gravedad. De esta forma y durante todo recorrido, el peso de la tripulación sobre el piso del aparato será constante e igual al que tendría en la superficie de la Tierra, porque el aumento de velocidad compensará la pérdida de la gravedad. Sin embargo, llegará un momento en que las fuerzas de atracción de la Tierra y las del planeta que vamos a visitar, Marte por ejemplo, quedarán compensadas y anuladas. Esto no afectará al aparato excepto en un sentido. Y es que si no empezara a frenar inmediatamente, el aparato se aceleraría aún más debido a la atracción de Marte. Pero aquí se nos presenta una seria dificultad. El vehículo debe estar concebido para que sus motores actúen igualmente hacia delante que hacia atrás.

Peter Boyle hizo una breve pausa para mirar a sus atentos oyentes, como para asegurarse que éstos comprendían. Luego prosiguió:

—Ahora bien; si los reactores de nuestra nave empezaran a frenar lanzando su chorro impulsor hacia delante, la tripulación y todo cuanto se hallara en la cabina iría contra el techo, como van hacia delante los viajeros de la plataforma de un tranvía cuando éste da un frenazo ligeramente brusco. Por lo tanto, no sólo hay que alterar la dirección de los reactores, sino también la posición del piso del aparato. En la instructiva película titulada Salida hacia la Luna, los astronautas resolvían de una vez las dos necesidades haciendo que su cohete cambiara de dirección sobre la marcha para que la popa y los motores situados en ella apuntaron contra la superficie de la Luna y actuaran de freno. En nuestro platillo volante todo ha sido resuelto con sencilla elegancia. Al llegar al punto neutro, donde debe empezarse a frenar, las seis esferas rectoras voltean sobre sus ejes y apuntan en la dirección de la marcha. La cabina esférica voltea a su vez y, automáticamente, los astronautas se encuentran bajando hacia el planeta que se proponen visitar. El anillo no se ha movido. No ha habido lenta y complicada maniobra de volteo con las dificultades que entraña apuntar debidamente la popa de un cohete contra un mundo que todavía está muy lejos. En unos segundos se ha invertido la marcha de la nave. Los astronautas no sufren ninguna molestia, porque con la disminución progresiva de velocidad siguen pegados al piso del aparato. ¿Comprenden?

Los periodistas, que habían visto la película documental Salida hacia la Luna, asistieron con profundos movimientos de cabeza.

—Esa —dijo Boyle volviéndose hacia Welby— es la explicación lógica del giro de la cabina esférica de nuestro platillo volante. Este es, pues, un vehículo interplanetario sin género de dudas. Y nadie utilizaría un aparato así para efectuar vuelos de exploración sobre países extranjeros, a menos que estos países estuvieran en un mundo distinto y hubiera que volar a través del vacío espacial antes de llegar a ellos.

Los periodistas volvieron a tomar apresuradas notas en sus cuadernos. La brillante exposición de Peter Boyle parecía haberles devuelto todo su entusiasmo. —Estoy de acuerdo con usted en que las características del platillo corresponden a las de un vehículo interplanetario —dijo el doctor Arthur Welby—. El hallazgo de libros impresos con caracteres extraños para nosotros y de cartas de navegación astronáutica, también salen en apoyo de esa teoría. Sin embargo, la existencia de seres idénticos a nosotros en otros mundos difícilmente se puede admitir.

—Si existen no habrá más remedio que admitirlo —contesto Boyle. Y un periodista preguntó:

—¿Qué nos dice de la pluralidad de los mundos habitados? La Ciencia admite la posibilidad de que exista vida por lo menos en diez mil millones de mundos,

¿no es cierto?

—Espero que no se le ocurra jamás poner eso en su periódico —dijo Welby sonriendo—. Lo que la ciencia admite es que pueden existir diez mil millones de sistemas planetarios parecidos al nuestro. Nuestro Sol es sólo una estrella entre millones de otras estrellas. Es notable por un accidente que al parecer le ocurrió nace aproximadamente dos mil millones de años. Otra estrella se aproxima al Sol y por la acción de su masa levantó una especie de marea de materia incandescente. Después, la estrella se alejó. Pero la materia levantada se separó del Sol y condensándose dio origen a los planetas que evolucionan alrededor del Sol. Las probabilidades de un “accidente” de este género son rarísimas en el Universo si se atienden a la separación que existe entre las estrellas. Sin embargo, es preciso tomarlas en consideración en el cálculo del inmenso número de estrellas que existen en el Universo, donde nos encontramos aproximadamente con cuarenta mil millones de galaxias o vías lácteas, de las que cada una comprende unos cincuenta millones de estrellas. Teniendo en cuenta estos factores, número de estrellas y distancia, la Ciencia ha calculado que

el número de sistemas planetarios que han debido formarse por un “accidente” semejante al de nuestro astro es del orden de diez mil millones.

—¿Y no es posible que entre esos diez mil millones de sistemas planetarios exista al menos uno con un planeta habitado por seres idénticos a nosotros?

—preguntó Peter Boyle.

Y Welby contestó con rapidez:

—Aun cuando sea tan enorme el número de estrellas de otros sistemas solares, buscaríamos en vano en todo el Universo una Humanidad gemela a la nuestra. Para ello debería brillar sobre su planeta un sol de edad y composición exactamente iguales a las del Sol que brilla en nuestro firmamento. En el globo incandescente de aquella humanidad tendrían que arder las mismas materias que arden en el nuestro y en las mismas proporciones. Ciertamente, en nuestra Vía Láctea brillan numerosos soles metálicos en una fase de evolución parecida a la del nuestro. Pero en los quinientos mil soles más próximos que han sido explorados ninguno es idéntico al nuestro.

—Bien —dijo Boyle—. Pero los soles que podemos explorar desde la Tierra representan una cantidad insignificante con relación a los que están más allá del alcance de nuestros telescópicos. Supongamos que en las remotas profundidades del espacio brilla un sol de composición y edad idénticas a las del nuestro.

—Aun así, las probabilidades de encontrar una Humanidad idéntica a la nuestra continuarán siendo negativas. Para que esa Humanidad fuera hermana de la nuestra tendría que habitar un planeta del mismo tamaño y densidad de la Tierra, situado a igual distancia del Sol y dotado de una atmósfera como la nuestra... Demasiadas coincidencias, como cualquiera puede ver. Por lo demás, sería absurdo creer que la Naturaleza del Universo haya sido en su creación más pobre de cualidades inventivas que la naturaleza terrestre. De la misma forma que entre los dos mil millones de seres humanos que habitan la Tierra no se encuentran dos sosias perfectos, así entre dos mil millones de mundos no pueden existir dos humanidades que sean idénticas en aspecto, inteligencia, estructura y sentimientos.

Uno de los periodistas dejó caer los brazos en ademán desolado.

—¿Sabe que nos está chafando usted un artículo sensacional, doctor Welby?

—preguntó.

Y otro apuntó:

—¿Pero es preciso ir tan lejos para encontrar la patria de nuestros extraños visitantes? ¿No tenemos a dos pasos, como quien dice, el planeta Marte? ¿Por qué no pueden proceder de allí los platillos volantes? Todo el mundo sabe que la vida en ese planeta es medianamente posible.

—Sí —contestó Welby—. Para algunos musgos y caracoles, a lo sumo. Los habitantes de Marte, si existieran, no podrán ser jamás como nosotros. Tengan en cuenta que nuestros organismos están condicionados a la fuerza de gravedad de la Tierra, a la presión y composición de la atmósfera y al calor y a la luz del Sol. Sin entrar en detalles más prolijos les recordaré que el diámetro de Marte es, aproximadamente, la mitad del de la Tierra y su masa la décima parte de la de nuestro Globo; que la temperatura media es de unos treinta y tres grados más baja que la media terrestre; que su presión atmosférica es la décima parte de la presión de nuestra atmósfera... y que el oxígeno libre que contiene aquella atmósfera no llega a la centésima, ni seguramente a la milésima parte del oxígeno de la nuestra. Esto quiere decir que un marciano que pesara en su planeta sesenta kilos, pesaría en la Tierra ciento catorce kilogramos. Su corazón trabajaría aquí en condiciones sumamente penosas para impulsar la sangre y no soportaría ese esfuerzo mucho tiempo. Pero aun si el corazón marciano resistiera, éste perecería abrumado por una presión atmosférica diez veces mayor que aquella a la que está acostumbrado. O acaso se asfixiaría en un clima que a él le parecería tórrido... si es que sus pulmones no se ahogaban respirando un aire mil veces más rico en oxígeno que el de su planeta. Desde luego, no podría abandonar su platillo volante e irse de paseo por ahí como, el parecer, han hecho nuestros visitantes.

Los periodistas cruzaron una mirada consternada.

—¿Y de Venus, que nos dice usted? —preguntó uno de ellos. Y Welby contestó:

—Venus, evidentemente, es un mundo más afín al nuestro. Su masa y sus densidades medias son iguales a las de la tierra. Pero los venusinos, si es que existen, no deben corresponder a un grado muy avanzado de evolución en la escala de los seres terrestres. En Venus se han reconocido la existencia de una atmósfera formada en gran parte por gas carbónico, de la que faltan por completo el vapor de agua, y el oxígeno. Venus es actualmente un ejemplo de lo que fue la Tierra en

tiempos pasados. Si el Creador ha encendido la llama de la vida en un planeta donde la temperatura es quizás de ochenta grados centígrados, los habitantes de aquel planeta serán todavía microscópicas criaturas unicelulares.

—¿Y en Júpiter o en Saturno...? —empezó diciendo uno de los periodistas. Arthur Welby le atajó con un ademán.

—Júpiter y Saturno don dos globos gigantesos en estado de incandescencia. Considero inútil añadir que ningún ser humano semejante a nosotros podría habitar aquellos mundos. Lo mismo que Urano y Neptuno son planetas de los cuales debemos excluir automáticamente la existencia de una humanidad hermana a la nuestra. Mercurio, Venus y Marte, aunque de constitución distinta a la de la tierra, son mundos provistos de una costra sólida y de una atmósfera más o menos calentada por el Sol. Son astros del orden de magnitud de la tierra, de un volumen igual o poco menor. Pero con el enorme precipicio que se abre alrededor de la órbita de Marte termina el reino de los planetas hermanos. Lo que nos espera más allá son campos celestes gobernados por leyes completamente distintas, en lo que rigen criterios y medidas extrañas para nosotros. Y esta discusión partimos de una base fija. Los tripulantes del platillo volante son idénticos a nosotros. Tan idénticos que pueden abandonar su aeronave, confundirse con la gente de una ciudad cualquiera e incluso entrar en las librerías y adquirir mapas sin que nadie les distinga de los demás habitantes de la tierra. Unos seres así no pueden proceder de Venus ni de Marte, donde posiblemente encontraremos vida sí bien en forma distinta al hombre. Tienen que haber llegado de un mundo exactamente igual a la Tierra... o habitan en ella.

Arthur Welby calló y un profundo silencio siguió a sus ultimas palabras.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Peter Boley—. Antes juraré que la ciencia se ha equivocado que admitiré que ese platillo es terrestre.

Welby se encogió de hombros.

—Es fácil de comprender que para un periodista es mucho más seductora la idea de darle una procedencia extraterrestre que rebajarlo a la condición de simple aeronave china, rusa o australiana.

—Pero usted ¿cree sinceramente que ese platillo volante pueda proceder de alguna nación de la Tierra? —preguntó Boley.

Y Welby contestó:

—Si he de ser sincero, también a mí me preocupa su procedencia. Tal vez la Ciencia tenga que repasar su criterio cuando encontremos a nuestros extraños visitantes.

CAPÍTULO VI

Arthur Welby, en efecto, sentíase hondamente preocupado. El asunto no le concernía de cerca. No recaía directamente sobre él la espinosa tarea de dilucidar el origen de los platillos volantes, ni se exponía, por lo tanto a correr el ridículo de una interpretación equivocada. Podía sentirse a la puerta de su casa y esperar a que los sabios, científicos y expertos en física nuclear, emitieran su veredicto después de examinar cada milímetro cuadrado de la máquina interplanetaria.

Pero mirando más lejos, Arthur Welby veía surgir del espacio un inquietante signo de interrogación. Terrestres o extraterrestres, los platillos volantes eran inquietantes de por sí. Pero si procedían del espacio, la inquietud del género humano podía traslucirse en algo tan terriblemente amenazador como una invasión del planeta.

Y en este sentido, como habitante del planeta Tierra y solidario con la suerte que pudiera correr el género humano del que formaba parte, Arthur Welby si se sentía preocupado. Su cultura le impedía caer en el origen extraterrestre de estas máquinas con la facilidad que lo admitía la mayor parte de la gente. Pero contra todos los vaticinios de la Ciencia había un hecho irrefutable. Los platillos volantes existían. Y si no eran de naturaleza terrestre, por fuerza tenían que venir de otro mundo. Luego existía otro mundo con otro género humano.

Con la discusión sostenida con los periodistas todavía fresca en su memoria, Arthur Welby durmió aquella noche atormentado por espantables pesadillas. Despertó a la mañana siguiente con una insaciable sed de saber y esta ansiedad le condujo a la puerta del dispensario tras hacer una visita relámpago a la convaleciente señora Granger.

Los ingenieros militares habían construido un aeródromo en una sola noche y en esta polvorienta pista estaba aterrizando un DC-4 de las Fuerzas aéreas.

El avión tría un importante grupo de hombres de ciencia e ingenieros aeronáuticos que inmediatamente pasaron a los helicópteros para trasladarse barranca donde seguía posando el platillo volante.

—Las cosas de palacio van despacio —se dijo Welby u tanto irritado. Pero Welby no tenía en cuenta que el sensacional descubrimiento del platillo volante había tenido lugar en la noche del sábado y no se confirmó hasta el mediodía del domingo. Las nueve décimas partes del país se encontraban disfrutando de fin de semana. Muchísimos norteamericanos no tuvieron noticias hasta el lunes por la mañana. Y la mayoría de los expertos que aterrizaron en Cedar Ridge a primeras horas de la mañana del lunes, habían viajado toda la noche a través de medio país para llegar a este apartado rincón de Arizona a tiempo de sufrir las críticas del impaciente doctor Welby.

Poco después, mientras estaba desayunando. Welby vio entrar al superintendente Lester acompañando de un sargento de policía.

—Welby —dijo Lester—. Le presento al sargento Mackinley, de la patrulla Volante. Viene a hablarle a propósito del señor Granger.

—¡Ah! —exclamó Welby. Y se quedó mirando al sargento.

—Doctor Welby —dijo Mackinley—. Según tengo entendido el señor Charlie Granger estuvo aquí a ultimas horas de la noche del sábado.

—En efecto —contestó Welby—. Vino en demanda de auxilio para su señora, la cual sufría una perforación de estómago que yo mismo operé al instante.

—La mujer que usted operó no era la señora Granger. La auténtica señora Granger se puso al teléfono desde Saint George para recibir la sorprendente noticia que su marido había muerto en un accidente de automóvil. En tanto ella yacía en una cama del Hospital de Cedar Ridge operada de una perforación de estómago.

—¿Qué me dice usted? —exclamó Welby. Y el sargento prosiguió diciendo:

—El señor Granger volvía a Saint George después de dos días de estancia en Flagstaff, a done había ido en viaje de negocios. Allí debió conocer a esa muchacha y convencerla para que le acompañara parte del viaje. Cuando su amiguita empezó a sufrir los terribles dolores propios de una perforación de estómago, debió de pensar en este lugar apartado, donde nadie le conocía, y la trajo aquí. ¿Dijo él que era su mujer?

—Sí. Incluso firmo la autorización para operarla.

—Se comprende. El pobre señor Granger debió temer por su reputación si confesaba que la muchacha era una simple amiguita. ¿Le

abonó, al menos sus honorarios? —No. Dijo que no llevaba dinero encima y que volvería. Ahora comprendo porque se marchó precipitadamente sin dejar su dirección.

—Pues temo que encuentre usted dificultades para cobrar su trabajo. No es probable que la viuda quiera hacerse cargo de la deuda contraída por su marido. Pero si usted quiere puede demandar a su paciente por usurpación de personalidad.

Arthur se quedó mirando fijamente el fondo de su vacía taza de café. Contrariamente a lo que Mackinley y Lester debían estar pensando, no le molestaba lo más mínimo que su paciente no fuera la verdadera señora Granger.

—Bueno, no importa —murmuró—. Es casi seguro que esa chica no tiene dinero y yo la hubiera operado igual aunque lo supiera de antemano, siquiera fuera por un sentimiento de pura humanidad. Era un caso perdido y me alegro de haberla salvado.

—¡Ah, bien! —exclamó el sargento—. Eso es cuenta suya. Mi deber era avisarle. Buenos días, doctor. Ha sido un placer conocerle.

Welby acompañó a los hombres hasta la puerta. Mackinley subió al automóvil policial y se marchó, pero Lester se quedó junto a Welby.

—¿Qué hará con esa chica? —preguntó el superintendente— ¿Obligarle a fregar platos hasta que salde su cuenta?

—Si se refiere a los gastos que ha hecho el dispensario...

—¡Por Dios, Welby! —exclamó Lester riendo— No me diga que está dispuesto a pagar esa facturita con dinero de su propio bolsillo. Ya basta con que la haya operado de balde. El gobierno corre con los gastos de las vendas y la leche que pueda tomar hasta su restablecimiento.

Welby despidió al superintendente con una sonrisa amistosa y volvió a entrar en la casa. Inmediatamente se dirigió a la enfermería. La muchacha india acababa de tomar la temperatura a la falsa señora Granger, la cual estaba despierta.

—¡Vaya! —exclamó Welby examinando el gráfico de temperaturas— Parece que anda al trote hacia un franco restablecimiento. Váyase a desayunar, Rita. Y no vuelva hasta terminado con sus clases. Mirta y yo nos encargaremos de la paciente.

Rita salió para ir a desempeñar sus funciones de maestra. Welby tomó

asiento en la cama próxima, enlazó las manos sobre las rodillas y se quedó mirando fijamente a la muchacha. Esta le miró a su vez entre temerosa y sorprendida.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Welby bruscamente.

La joven se humedeció los resecos labios con la puntita de la lengua. Aquellos labios no mostraban rastro de carmín y, sin embargo, eran rojos y exquisitamente dibujados. —¿No sabe cómo me llamo? —preguntó la joven haciendo aletear con rapidez sus largas pestañas.

Welby contestó:

—Sé que no se llama “señora Granger”, pero nada más. Ella le miró ahora entre incrédula y desconfiada.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—La verdadera señora Granger vive en Saint George y a estas horas debe sentirse muy atribulada por la muerte de su marido. ¿Sabe que el señor Granger se despeñó con su automóvil por un barranco, poco después de haber salido de aquí?

La joven se sobresaltó ligeramente.

—No. No lo sabía —murmuró. Welby le escrutó el rostro y observó:

—No parece muy afectada por la noticia. Seguramente no le conocía usted más de dos días, ¿Fue en Flagstaff donde le encontró?

—Sí, en Flagstaff.

—¿Qué hacía usted allí?

Ella le miró sorprendida. Y Welby exclamó poniéndose en pie:

—Es una pregunta tonta, ya lo veo.

Esperaba que ella recogiera la alusión y protestara. Pero la muchacha no protestó.

—Bien —dijo Welby irritado—. Dígame al menos su nombre, porque de alguna forma la tendremos que llamar. ¿No cree?

Llámeme Rona. Rona Evans.

Welby asintió con un gruñido y abandono la enfermería para atender a los indios, como todas las mañanas. Aquella jornada equivalía a un

día de fiesta nacional para todos los indios. Todos permanecían en el poblado, yendo de un lado para otro, fisgoneando aquí y allá.

Nada le hubiera complacido tanto al doctor como imitarles y volver a la barranca donde los expertos en física nuclear, en aeronáutica quizás también en biología y cosmobiología, estarían a aquellas horas tratando de resolver los enigmas que planteaban el platillo volante.

Todo el día estuvieron llegando aviones de transporte cargados de pasajeros, los que apenas desembarcados en Cedar Ridge se trasladaban a los helicópteros para volar por encima del desierto hasta el paraje donde estaba el platillo.

También llegaron a Cedar Ridge más ingenieros militares con camiones cargados de tablones, los cuales empezaron a levantar una fila de barracas a ambos lados de la carretera, en prolongación de la única verdadera calle del pueblo.

Y por último, llegaban incesantemente periodistas y vecinos de Cameron, The Gap, Marbie Canyon, Jacob Lake, Gan Canyon y, más lejos todavía de Cedar City y el propio Flagstaff.

Pero las noticias acerca del platillo que Arthur Welby esperaba, no llegaban a Cedar Ridge o carecían de interés. Las personalidades más notables en el campo de la ciencia iban reuniéndose en torno a la extraña máquina. Pero ni los que de paso en Cedar Ridge se dirigían hacía allá ni los que llegaban a la barranca querían contestar a las preguntas de los irritados periodistas.

Aquella jornada, en fin, se tradujo en una tremenda desilusión tanto para Welby como para los millares de personas que en todo el mundo esperaban impacientes el veredicto de los sabios: esto es si la nave hallada era terrestre o ultraterrestre. Los periódicos publicaban íntegra la descripción que de la máquina hizo Welby a los periodistas. Pero éstos, intencionadamente, habían suprimido las declaraciones del doctor acerca de la improbabilidad de que existiera el algún punto del Universo un planeta de características idénticas a la Tierra, poblado de una humanidad hermana de la terrestre.

Sin embargo, el destino había dispuesto que aquel día no terminara para Arthur Welby en un completo chasco.

Después de cenar, y en el momento en que se disponía a levantar el apósito que cubría la herida de Rona Evans, el superintendente Lester entró precisamente en la enfermería y anunció:

—Los científicos que han estado examinando el platillo volante van a reunirse en la escuela para hacer su primer cambio de impresiones a la vista de los datos que cada uno ha recogido.

—¡Vaya! —exclamó Welby agradablemente sorprendido— Al fin y al cabo no se han movido tan despacio como yo creía.

—He pensado que le gustaría asistir a esa reunión.

—¡Oh, ya lo creo! —dijo Welby—. Pero supongo que no se repartirán invitaciones.

—La conferencia será a puertas cerradas. Pero yo puedo ocultarle en el desván para que escuche desde allí todo cuanto se hable abajo.

—No es una forma muy elegante de asistir a una reunión de científicos —murmuró Welby.

Y Lester preguntó:

—¿Es que querría usted asistir en traje de etiqueta?

—Tiene razón —contestó Welby—. Para el caso tanto da que esté arriba en el desván como abajo entre ellos. No me dejarían intervenir con mis propias opiniones. ¿A qué hora es la reunión?

—No hay hora fija. Me dijeron que ordenara barrer y limpiar la escuela teniéndola a punto para la noche. Pero para que usted pueda escuchar lo que se había debe ir a esconderse ahora mismo. Antes de que el ejército acordone el edificio.

Welby miró a Rita y a la enfermera, que le contemplaban a su vez entre curiosas y sorprendidas.

—Levante usted el apósito de la señora Evans, Rita —ordenó—. No puedo perderme esa discusión.

—Lleve abundancia de cigarrillos y una cantimplora de agua —recomendó Lester—. Tal vez tenga que esperar bastante rato.

Welby tomó aquello y también una almohada, por sí acaso. Saliendo por el corral del dispensario se deslizaron por la sombra de las casuchas y alcanzaron la puerta trasera de la escuela. Entraron.

La escuela de Cedar Ridge, como correspondía a un poblado que no sobrepasaba los 250 habitantes, era de reducidas dimensiones. Si embargo era capaz para el doble de los alumnos que a ella solían asistir y estaba bien acondicionada, con amplios ventanales, hileras de

relucientes pupitres y su inevitable bandera de los Estados Unidos.

Lester arrastró una alta escalera desde el cuarto trastero y la apoyó contra un muro, precisamente debajo de la trapa del desván que formaban el cielo raso.

—Suba usted y buena suerte —le dijo Lester—. Volveré con la escalera cuando todos se hayan marchado.

Welby trepó por la escalera cuando todos se hayan marchado.

Welby trepó por la escalera, empujó la trapa y se encaramó hasta el desván. Aquello tenía cierto aire de aventura que sucedía al joven doctor, era emocionante pensar que si le descubrían allí podrían acusarle de espionaje.

—Hasta luego —cuchicheó Lester en la semioscuridad. Y se llevó la escalera.

El cielo raso crujió bajo el peso de Arthur Welby. Este encendió una cerilla, sólo para comprobar la débil consistencia de los listones que pisaba y la enorme cantidad de polvo allí existente. Dejó caer la trapa, sujetándola con un pedazo de yeso para que no cerrara por completo. Luego se sentó en la almohada y encendió un cigarrillo.

Media hora más tarde se abrió la puerta de la escuela. Dos oficiales del ejército entraron encendiendo todas las luces, inspeccionaron la sala y se marcharon dejando las luces encendidas. Pero si Welby interpretó esto como anuncio de la inminente llegada de los científicos, se equivocó. Una hora más tarde las luces seguían brillando y la escuela continuaba desierta.

Hasta el desván llegaban todos los ruidos procedentes del pueblo, del campamento militar y del próximo aeródromo. También se escuchaba a intervalos regulares el característico runflido de los aviones a reacción que pasaban y volvían a pasar sobre Cedar Ridge en cada uno de sus incesantes círculos en torno al platillo volante que custodiaban. Las horas fueron corriendo con exasperante lentitud. Iban aquietándose los ruidos del poblado y del campamento militar. Welby había fumado muchos cigarrillos y cambiado varias veces de postura. Finalmente, a la una de la madrugada, los helicópteros empezaron a hacer viajes desde el aeródromo al platillo volante. Unos minutos más tarde entraron en la escuela algunos hombres que, tomando asiento ante los pupitres, abrieron sus carpetas de cuero y empezaron a repasar las copiosas notas de sus cuadernos.

A partir de este momento, hasta pasadas las dos de la madrugada, pequeños grupos de hombres entre los que también se veía alguna que otra mujer fueron entrando en la escuela hasta ocupar por completo los bancos. Los últimos permanecieron de pie. Todos hablaban a la vez y en voz alta, fumaban y se agitaban dando al aula una atmósfera de congreso en pleno descanso.

La mesa que habitualmente ocupaba la señorita Rita, la maestra de Cedar Ridge, seguía desocupada inmediatamente debajo de la trapa por cuya rendija asomaban las brillantes pupilas de Arthur Welby.

Finalmente y con el último viaje de los helicópteros llegó el hombre que debería ocuparla, un general de tres estrellas del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas. Junto a éste tomó asiento sobre el estrado un hombre que lucía en la solapa la escarapela de la Comisión de Energía Atómica. Al otro lado ocupó una silla el profesor Hilferding del Observatorio Astronómico Lowell, al que se consideraba como una eminencia en asuntos marcianos.

La conferencia quedó preparada para empezar cuando dos señoritas taquimecanógrafas tomaron posiciones estratégicas en una mesilla contigua al estrado.

El general hizo sonar el timbre de la señorita Rita dijo:

—La mayoría de ustedes llegaron demasiado tarde para poder examinar minuciosamente ese platillo volante. Sin embargo, todos pudieron tomar algunas notas y sacar de ellas conclusiones que ahora vamos a reunir para ver si es posible establecer el origen de esa máquina. Puede empezar usted mismo, señor Sadler. Welby no podía ver a Sadler desde el desván, pero no perdió una sola sílaba de la larga exposición que éste hizo.

El señor Sadler, antropólogo, había examinado e incluido en una lista todos los objetos encontrados en la cabina del platillo volante. De los trajes y el calzado encontrado, de las dimensiones de las puertas, escotillas, sillones y literas, así como de la forma de los tiradores, empuñaduras de palancas y mangos, vasos y cucharas, el señor Sadler establecía sin dejar lugar a dudas la contextura terrestre de los tripulantes del platillo volante.

—Son seres como nosotros —terminó diciendo—. Duermen en camas, comen con cucharadas, se sienten en sillas, escriben con plumas fuente, leen libros y hacen todo lo demás, sus manos, sus pies, sus ojos, sus oídos y sus estómagos no se diferencian en absoluto de los de cualquier mortal terrestre.

El general agradeció al señor Sadler el esmero que había puesto en su trabajo y llamó al señor Danner.

Danner, que al parecer era ingeniero aeronáutico y proyectista de aeroplanos, dijo que había examinado las condiciones de vida reinantes en la cabina del platillo volante.

—La máquina tiene cabina climatizada y está sometida a una presión interior que hemos podido determinar con toda exactitud. Tanto la temperatura, como la presión del oxígeno insuflado en la cabina son idénticos al medio ambiente de que van dotadas las cabinas climatizadas de nuestros más modernos aviones estratosféricos. Los seres que habitualmente habitan esa esfera gozan aproximadamente de las mismas condiciones que los pasajeros de un avión comercial tipo Comet.

A continuación, Danner se extendió en otras consideraciones del tipo de las que Peter Bolye hizo la noche anterior ante Welby. El platillo volante parecía diseñado para vuelos interplanetarios, a la vez que para moverse dentro de la atmósfera de un planeta, si cada una de las seis esferas que circundaban al platillo era un reactor atómico, como creía, la máquina podía elevarse verticalmente en el espacio y acelerar progresivamente en la misma medida que iba debilitándose la fuerza de tracción de la Tierra.

El general que presidía la conferencia llamó a mister Raleigh, ingeniero nuclear diseñador de motores atómicos del cuerpo Experimental Atómico de Arco. Le preguntó si había tenido tiempo de inspeccionar el sistema propulsor del platillo.

—El examen de esos motores no era tarea que pueda realizarse en un día, ni posiblemente en todo el año —contestó Raleigh.

—Pero así, a simple vista... ¿qué opina usted? —No puedo opinar nada. Para nosotros, hombres de ciencia de mitad del siglo veinte, esos motores son tan incompresibles como sería un moderno motor de automóvil para el inventor de la pólvora. Los principios por los que impulsan a la bala de un primitivo cañón de madera son los mismos, evidentemente; mas entre ellos median seis siglos de esfuerzos, experiencias, estudios y fracasos se quedaría extasiado ante el motor de un automóvil de carreras quedamos absortos en la contemplación de unos medios propulsores que son desconocidos.

—¿Quiere decir que los motores de ese platillo volante no han sido fabricados en la Tierra?

—Podrían construirse aquí si se supiera hacerlo. Pero considerando la brevedad de nuestra era Atómica y el prodigioso avance que esos reactores representan, creo que no. Creo que esa máquina no ha podido ser construida por ninguna de las naciones que integran este planeta.

El general ordenó a Raleigh que se sentara en medio de un silencio sepulcral. Luego, mirando la lista de nombres que tenía ante sí, llamó al profesor Brandwine y le pregunto si había tenido tiempo de examinar los libros impresos que se encontraron a bordo del platillo volante.

Brandwine contestó que había mirado uno por uno los libros, encontrando entre ellos una indiscutible semejanza. Estaban impresos con el mismo lenguaje que algunos de los mapas hallados y las inscripciones del cuadro de instrumentos del piloto.

—Pero esos signos no corresponden a ninguno de los lenguajes vivos o extintos de la Tierra —terminó diciendo.

—¿Y del emblema que lleva el platillo volante pintado en el exterior, que me dice usted?

—Aparece también en la mayoría de las cubiertas o contracubiertas de los libros.

—¿Le ha encontrado usted algún significado especial?

—Parece una alegoría de nuestro sistema planetario solar. El sol rodeando de los nueve planetas que forman su cortejo: Mercurio, Venus, La Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón — ¿Lo vio antes de ahora en alguno de los viejos infolios que usted acostumbra a manejar?

—No, nunca.

—¿Algo más de interés? —preguntó el general con acento de cansancio.

—Creo haber encontrado algo de excepcional interés —dijo mister Brandwine—. Se trata, sin duda, de un calendario. Un candelario de once meses de treinta y tres días cada uno y dos días, tal vez festivos, colocados al principio y al fin de año de trescientos sesenta y cinco días.

Dejóse oír un murmullo de comentarios. Y entre este murmullo alzóse la voz de un hombre que decía:

—Respecto a eso también yo tengo algo que decir.

—¿Qué es ello señor... cómo se llama usted?

—MacBride, general. Al hacerse la distribución del trabajo me correspondió la tarea de examinar los instrumentos del tablero, tratando de encontrarles alguna relación con los instrumentos que a bordo de nuestros aeroplanos miden diversas actividades.

—¿Y encontró algo de interés?

—Un reloj, señor. No un reloj como los nuestros, sino con una esfera dividida en veinte horas de cincuenta minutos cada una, lo que hace un total de mil minutos al día. El aparato estaba en marcha. Distraje algunos minutos computándole con mi propio reloj de pulsera y calculé que aunque las saetas de aquel reloj y las del mío no correspondieran, al final de veinticuatro horas la saeta de aquel reloj se encontraría exactamente sobre la misma raya que señalaba entonces. Los cuatrocientos cuarenta minutos de nuestro día terrestre equivalían a los mil minutos del reloj del platillo, ni un segundo más, ni un segundo menos.

Otro murmullo de comentarios siguió al informe del señor MacBride.

El general hizo sonar el timbre de la señorita Rita y se volvió hacia el profesor Hilferding, que estaba sentado a su izquierda.

—Díganos lo que piensa usted de todo esto, profesor —invitó el general—. A la vista de los datos recopilados por esos caballeros, ¿Puede decirnos si existe alguna posibilidad que el platillo volante proceda de un planeta que no sea la Tierra?

El astrónomo se acarició su blanca melena en mitad de un silencio sepulcral. Había cesado todo rumor de conservación y hasta las respiraciones parecían estar contenidas.

—No —dijo el ilustre astrónomo con energía—. A la vista de los informes obtenidos sobre el mismo platillo volante, hay que descartar de una manera categórica la posibilidad de que esa aeronave y sus tripulantes procedan de otro mundo.

Desde el desván, mirando por la rendija de la trapa del cielorraso. Arthur Welby escuchaba también con el aliento en suspenso.

El profesor Hilferding enumeró una por una las posibilidades de que existiera un mundo habilitado en el Universo, aparte de la Tierra. Y de igual forma que Welby rebatió aquella posibilidad la noche anterior

ante los periodistas, empleando a veces incluso las mismas palabras que Welby, abrió ante sus oyentes la inmensidad del espacio sideral para llevarles con la imaginación hasta todos los sistemas planetarios donde brillaba un sol rodeado de planetas que giraban a su alrededor.

—Yo admitiría con reservas la posibilidad de que esa máquina procediera del espacio si las ropas, los muebles, los útiles y los instrumentos que hemos encontrado a bordo, diferían siquiera fuera ligeramente de las cosas que nosotros utilizamos a diario. No puede aceptarse una correspondencia tan rigurosa entre la naturaleza de esos seres y la del terrícola, a menos que esos seres sean precisamente terrícolas. Pero ya dejando aparte a los seres en sí, la semejanza de ese supuesto planeta con el nuestro es, a su vez, demasiado exacta para admitirla. No puede haber una segunda Tierra girando a la misma distancia de un Sol de idéntica composición, edad y tomando del nuestro, empleando trescientos sesenta y cinco días en su periodo de traslación y exactamente mil cuatrocientos minutos en completar el giro alrededor de su eje. Y si a esto añadimos que ese mundo hay una atmósfera de idéntica composición que la nuestra y ejerciendo exactamente la misma presión sobre el nivel del suelo, la suposición entra francamente en el campo de lo ridículo. Añadan a ese mundo cueros, animales, legumbres y frutas como las que encontraron en la Tierra y verán lo que pasa.

El sabio hizo una breve pausa para recobrar el aliento y terminó diciendo:

—Una ligera semejanza en el tiempo, en la composición del aire y en los alimentos que hemos encontrado podría conducirnos a Venus. Sabemos muy poco de este planeta y es posible, casi seguro, que nos hemos equivocado en muchas cosas respecto a él. En ninguna parte como en nuestro propio sistema solar hay tantas probabilidades de que el terrícola encuentre parientes, ya que no hermanos. Pero después de lo que acabamos de ver ni incluso en Venus podemos fijar la patria de los hombres que tripulaban ese platillo volante. Harán ustedes bien en apagar los ojos del cielo y fijarlos en la misma tierra que pisamos. Aquí y no en el espacio, es donde encontrarán ustedes la solución a ese inquietante enigma.

El astrónomo dejó de hablar. Quedó flotando en la densa atmósfera del aula un silencio pesado como un plomo.

—¡Pero esos libros impresos en un leguaje desconocido... ese extraño calendario... el reloj... el mismo platillo volante!, ¿Qué significan? — protestó el general. Y el profesor Hilferding contestó:

—Respecto del platillo volante, no es a mí a quien corresponde decidir si humanamente posible construirlo. Debe de serlo, puesto que existe. Y en cuanto a los libros y el reloj, cualquiera podría imprimir una docena de libros en unos caracteres que al fin no dijeran nada, o construir un reloj que dividiera las horas del día en periodos de tiempo distintos de los convencionales. Exactamente igual que el calendario.

—¿Quiere decir que alguien nos está haciendo víctimas de una tomadura de pelo? —gritó el general.

Y el profesor contestó:

—Es lo más probable. Y gritó el general:

—Mas ¿con qué objeto?

Hilferding sonrió abarcando la sala con un amplio ademán.

—¿Acaso no se ha conseguido sembrar el más terrible desconcierto entre nosotros? Ese podría ser el objeto perseguido por los dueños del platillo volante... y bien a la vista está que lo han logrado con exceso.

Después de esto la conferencia terminó con la rapidez de un relámpago.

CAPÍTULO VII

La aurora teñía de rojo el horizonte cuando Arthur Welby consiguió bajar de su alto observatorio.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Lester.

Y Welby contestó:

—¡Oh, magnifico! Después de analizar los hechos, los científicos, los sabios y los generales llegaron a la conclusión de que los platillos volantes son, por lo menos, tan terrestres como nosotros.

—¡Toma, eso ya lo sabía yo! —exclamó Lester.

—¿Cómo lo sabía?

—Sólo a un chiflado se le ocurría pensar que puede existir otro mundo y que los platillos volantes proceden de allí. Ese armatoste es ruso,

chino, japonés o vaya usted a saber de qué otro lado. Pero de ningún modo marciano como algunos se empeñan en hacernos creer. Aquellos libros que encontramos llenos de garabatos extraños eran un camelo.

—¿Un qué?

—Un camelo. Un engaño puesto allí para que pensándonos que la nave procedía del espacio.

—¿Cree usted? —preguntó Welby. Y Lester exclamó:

—¡Claro! A los tipos que han construido ese platillo no les interesa que se sepa dónde está fabricado.

Welby miró al superintendente con severidad.

—Seamos consecuentes señor Lester —refunfuño—. Si alguna nación de la Tierra tuviera esos platillos volantes no hacía falta que disimulara presentándonos como misteriosas aeronaves llegadas de otro mundo. Con tenerlos en casa guardados bajo llave, en paz. Nadie sabría siquiera que existen y la sorpresa sería más completa si por acaso pensaban sorprendernos alguna vez. —Sí, eso es cierto —masculló Lester rascándose el cráneo por debajo de la sudada badana del sombrero.

—Pero esas aeronaves no han sido construidas en la tierra —prosiguió diciendo Welby—. Ninguna potencia terrestre diseñaría sus aparatos de esta forma a menos que se tratara de una nave expresamente fabricada para realizar un viaje interplanetario. Y entonces no podría en su cabina libros impresos en un idioma inexistente, ni se molestaría en construir un reloj que sólo se diferencia de los nuestros en que el día está dividido en veinte horas, en vez de veinticuatro. O un calendario cuyos días suman trescientos sesenta y cinco, como nuestro año terrestre.

—¿Quiere decir que tanto libros como el reloj y el calendario no han sido falseados y corresponden al lenguaje, a la medida del tiempo y a la duración del año de un distinto de la tierra?

—Distinto no; idéntico.

—Si no recuerdo mal, y tan lejos como ayer, usted mismo negaba que pudiera existir en todo el Universo una segunda Tierra poblada por una segunda humanidad —apuntó Lester.

—Es cierto —afirmó Welby—. Si en alguna parte existen probabilidades de encontrar una socia de la Tierra no es en el infinito

Universo, son aquí mismo, en el reino del Sol.

—¿En venus tal vez?

—Venus sería un buen planeta para albergar una segunda humanidad si su atmósfera tuviera oxígeno como la nuestra. Pero ese platillo volante no puede haber venido de allá. Los años de Venus son más cortos que los nuestros y probablemente los días también —aseguró Welby con pupilas relampagueantes de excitación—. Por lo tanto, y si el reloj como el calendario hallados en el platillo volante no están falseados, el aparato no puede venir de venus ni de Marte, es de un planeta de las mismas dimensiones de la Tierra, situado a igual distancia del Sol y dotado de un movimiento de rotación sobre el eje idéntico al de la Tierra.

—¿Pero ese planeta existe, acaso?— preguntó Lester.

—Nadie lo ha visto. Pero puede existir.

—¡Por cien mil diablos! —gritó Lester— ¿Dónde?

Welby se colocó de un salto ante el encerado de la escuela, tomó un pedazo de tiza y dibujó un pequeño círculo en el centro.

—¿Qué es eso? —preguntó el superintendente.

—El Sol —repuso Welby. Y con mano nerviosa trazó una elipse descentrada con respecto al punto que representaba al astro del día. — ¿Eso es un huevo? —preguntó Lester.

Welby dejó caer sobre el intendente una mirada asesina y contestó:

—Esa elipse representa la órbita de la tierra alrededor del Sol. La distancia de la Tierra al sol es siempre la misma, como usted puede ver. El Sol permanece fijo en uno de los focos de la elipse y se dice que estamos de él, y en el perihelio cuando pasamos por el foco más próximo al astro.

Welby se interrumpió para trazar con mano trémula otra elipse, en dirección contraria a la primera, aunque del mismo tamaño.

—¿Y eso qué es? —preguntó Lester.

—Esta es la órbita del planeta que acabamos de describir. Si estuviera bien dibujada sería idéntica a la primera, así debe ser en realidad. Dos planetas iguales en tamaño y en la edad acaban de nacer. Uno es la tierra y lo colocaremos en el afelio de la órbita de la derecha. El otro,

al que llamaremos Equis, lo pondremos en el afelio de la órbita de la izquierda. Si la teoría sobre el nacimiento de los planetas fuera cierta, no habría ninguna razón para que dos masas iguales desprendidas de la masa central solar en direcciones opuestas, no lleven velocidades iguales y empiecen a girar en el mismo sentido a idéntica distancia del sol.

Welby se interrumpió para dibujar dos pequeños globos, uno en el foco exterior de cada elipse.

Luego continuo diciendo:

—Para simplificar las cosas, supongamos que ambos planetas están girando en el mismo sentido de las manecillas de un reloj; es decir, hacia la derecha. La tierra, a la derecha, se encuentra aproximadamente a ciento cincuenta millones de kilómetros del sol. A la izquierda, el planeta Equis dista también ciento cincuenta millones de kilómetros del Sol y se encuentra a doble distancia de la Tierra; es decir, a trescientos millones de kilómetros. ¿Cree usted que los habitantes de Equis podrían vernos ahora y que, recíprocamente, nosotros podríamos verlos con un potente telescopio?

El superintendente se rascó la cabeza contemplando los dibujos del encerado.

—A mí me parece que no —murmuró. Y Welby exclama triunfalmente:

—¡Claro que no! Equis, el Sol y la Tierra están en línea recta. La gigantesca masa del sol se interpone entre el planeta Equis y nosotros, y, por tanto, no podemos vernos unos a los otros.

El doctor puso una flecha para indicar el giro de los supuestos planetas y dibujó otros dos globos, uno debajo del de la derecha. Y otro encima del de la izquierda.

—La Tierra y Equis han cambiado de posición —dijo señalando los últimos globos y marcándoles con un respectivo dos—. En realidad, están cambiando continuamente de posición. Ambos proceden del afelio y marchan hacia el perihelio, con la sola diferencia de que mientras la Tierra avanza por el arco inferior de este foco, Equis lo hace por el arco superior de su correspondiente elipse. Tracemos una línea que les una. ¿Cree que nos veremos unos a otros, ni siquiera con el más potente telescopio que nosotros los humanos podamos concebir?

—¡No! —gritó el superintendente Lester— ¡El sol sigue estando, en medio de los dos!

—Exactamente mi querido amigo —dijo Welby rojo de excitación. Y volviendo a la pizarra dibujó otros globitos, uno en el centro del arco inferior derecha, y otro en el arco superior de la elipse izquierda. Trazó una línea para unir a los dos planetas imaginarios y preguntó—: ¿Podremos vernos ahora?

—El sol sigue interponiéndose entre la tierra y equis —exclamó Lester.

—¡Sí, señor! —gritó Welby triunfalmente—. Y es fácil de demostrar que Equis, el Sol y la Tierra estarán siempre en línea recta. Cuando la tierra entre en el perihelio por debajo, Equis entrará en el perihelio de su órbita por arriba. En pleno perihelio nuestras posiciones habrán cambiado y la Tierra estará a la izquierda del Sol, mientras Equis estará a la derecha. Saldremos luego del perihelio, ellos por debajo y nosotros por arriba. Vamos alejándonos uno de otro a medida que ganamos terreno hacia nuestros respectivos afelios... ¡Y el Sol sigue interponiéndose entre los dos planetas! Llegamos por fin al centro del afelio de nuestras órbitas. Ha transcurrido todo un año, hemos dado una vuelta completa alrededor del Sol... ¡y no nos hemos visto el uno al otro en ninguna parte del recorrido! ¡Nunca nos veremos, aunque pasen mil años!

—¡Diablo, sí, parece bastante claro! —exclamó Lester.

—Luego puede existir un planeta de edad y dimensiones iguales a las de la Tierra. En dos planetas de la misma naturaleza, colocados a idéntica distancia del Sol, el Creador puede haber encendido la llama da la vida simultáneamente. Dos humanidades hermanas pueden así haber estado habitando en el mismo Reino del Sol, crecer, desarrollarse y prosperar ignorándose mutuamente durante miles de años. Para que una Humanidad descubriera a otra habían de transcurrir infinidad de siglos, el Hombre habría de abandonar su planeta, hacer quizás una expedición a Marte. Y desde Marte o Venus, al lanzar una distraída mirada al espacio que tan perfectamente creía conocer, el hombre de Equis vería estupefacto que existía otro mundo ignorado, jamás visible desde la superficie de su planeta. Ese mundo es el nuestro: la Tierra. El habitante de Equis acaba de descubrirnos. Arthur Welby calló y quedó flotando en la atmósfera de aquella escuela rural un silencio siniestro. En la quietud de la noche se escuchó el zumbido de un motor de automóvil que pasaba velozmente ante el edificio.

—Entonces... —murmuró Lester—. ¡Los platillos voladores vienen de

otro mundo!

—Sí. Creo que ahora podemos asegurarlo con absoluta certeza. Al menos, todo coincide. Una humanidad hermana de la terrícola puede haber evolucionado técnicamente más aprisa que nosotros y estar en condiciones de construir esos motores atómicos cuyo misterioso funcionamiento no podemos comprender los terrestres. Nuestros hermanos de otro mundo, idénticos a nosotros, visten y calzan como nosotros. Respiran el mismo oxígeno y gozan de igual temperatura. Tienen un lenguaje propio que escriben en libros y han dividido sus días en veinte horas que equivalen a las veinticuatro terrestres.

—Pues si son hermanos nuestros, si son iguales en aspecto y sentimientos ¿por qué se ocultan? —pregunto Lester.

—Eso sólo Dios y ellos pueden saberlo —murmuró Welby—. Tal vez no hace mucho que nos descubrieron y están observándonos sin atreverse a presentarse. O quizás... ¿quién sabe? También es posible que nos visiten periódicamente para mezclarse entre nosotros, aprender nuestro idioma, adquirir mapas como los que vimos en su aparato y reunir datos concretos acerca de nuestra potencia industrial y militar antes de decidirse a invadirnos.

—¡Cielo Santo! —exclamó Lester estremeciéndose— ¿Cree que podrían hacerlo?

—Lo ignoro. Lo que sí puedo decirle es que nosotros estamos muy lejos de poder llevar la guerra a su planeta a nuestra vez. Si han decidido invadirnos tienen mucho tiempo por delante para prepararse antes que los terrícolas podamos construir naves interplanetarias como platillos volantes.

Volvieron a quedar silenciosos los dos hombres.

—Bueno —exclamó Lester—. Tenemos al menos uno de sus paltillos volantes. Esa gente fue tonta al dejarlo ahí, porque si nosotros les copiamos la máquina tendremos paltillos volantes con que atacarles.

Arthur Welby sacudió la cabeza con pesimismo.

—Apuesto a que nunca podemos copiarles esos reactores atómicos —murmuró.

—No somos tan torpes. Sabemos fabricar bombas atómicas y ya tenemos hasta un submarino movido por la energía atómica.

Arthur Welby no contestó porque en este momento oyó que alguien la

llamaba desde la calle. —¡Doctor Welby! ¿Está usted ahí?

—Es Rita —aseguró el superintendente—. Por cierto, que me dijo que necesitaba hablar con usted enseguida. La había olvidado. Creo que era algo respecto a esa muchacha... Rona o como se llame.

Rita, la maestra-comadrona-enfermera de Cedar Ridge, entró en la escuela seguida de dos agentes uniformados de la policía. Uno de ellos era el Sargento Mackinley.

—Pues sí que está aquí —dijo Rita señalando al doctor a los policías.

—¡Hola, sargento! —saludó Lester.

—Buenos días, seños Lester. Buenos días, doctor Welby —saludó al sargento.

Lester preguntó:

—¿Qué le trae por aquí?

—Es respecto a ese señor Granger que se mató en un accidente de automóvil la mañana del domingo.

—¿Qué ocurre? —pregunto Welby poniéndose en guardia instintivamente.

—Nada —dijo el sargento—. Si no que el cadáver que encontramos en el automóvil NO ERA el del Señor Charlie Granger, según se comprobó al hacerle la autopsia. El verdadero señor Granger llevaba cuatro dientes postizos, mientras que la dentadura del cadáver examinado estaba completa.

—¡No es posible! —exclamó Welby abriendo los ojos de para en par.

—Mire, vamos a ver si aclaramos este asunto de una vez —dijo el sargento. Y sacando del bolsillo una fotografía la tendió a Welby diciendo—: Vea si reconoce al hombre de esta fotografía.

Arthur Welby tomó la fotografía y la echó un vistazo. Era la de un hombre de unos 50 años de edad, cabellos castaños con hebras plateadas y ojos pequeños y negros.

—Nunca lo he visto —aseguró Welby devolviendo la fotografía al sargento—. ¿Quién es?

—El Señor Granger.

—¡Pero este hombre no fue el que vino a mi clínica acompañando a la mujer que yo operé! —gritó Welby.

Y el sargento contestó:

—Eso fue lo que supuse enseguida. El hombre que se hizo pasar por Granger no era Granger, aunque conducía el automóvil de éste y con él se mató poco después de abandonar el pueblo. Ese coche debió serle robado al verdadero Granger por el hombre y la muchacha que fueron a su clínica.

—Doctor —dijo Rita—. ¿Me permite decirle? —¡Esperen... esperen! —gritó Welby muy excitado haciendo un ademán violento—. Veamos si entiendo esto... El Señor Granger va por la carretera conduciendo su propio automóvil. Un hombre y una mujer la hacen señas para que se detenga... le roban el automóvil y vienen a mi clínica. La mujer sufre agudos dolores de estómago... ¡Esa pudo ser la causa por la que robaron el automóvil! Lo necesitaban con urgencia para trasladarse a donde ella pudiera ser operada.

—Nadie roba un automóvil en plena carretera para eso —dijo el sargento—. El señor Granger, y en su caso cualquier persona decente, se hubiera ofrecido gustosamente a llevar a la enferma donde fuera menester. Ese hombre y esa muchacha tenían algo que esconder.

—¡Algo que esconder! —repitió Welby mirando a la cara del sargento con expresión estupefacta.

—Doctor Welby —insistió la enfermera—. ¿Puedo decir algo respecto a esa joven?

Welby la miró con expresión ausente. Rita prosiguió:

—Esta noche pasada, cuando le levanté el apósito después que usted se hubo marchado para venir a esconderse en este desván, comprobé que la herida de la señorita Evans estaba completamente cicatrizada. Le ha desaparecido la temperatura. Su estado es absolutamente normal.

—¿Qué dice usted? —chilló Welby.

—Que esa joven está completamente curada. Es lo que intento decirle desde las nueve de la noche. Pero como usted estaba escondido aquí y la Escuela acordonada de soldados no pude entrar para decírselo.

—¡Pues debió hacerlo usted, Rita! —chilló Welby— ¡Esa muchacha y el hombre que vino acompañándola eran los pilotos del platillo

volante!

—¡NO! —grito Lester. Welby contestó:

—¡Sí! Y fuimos unos tontos al no adivinarlo antes. ¿Por qué había de tomar tierra ese platillo volante, y por qué lo abandonaron sus tripulantes si no fue por una apremiante necesidad? ¿Y qué necesidad tan apremiante sentían los tripulantes de esa máquina que no pudieron satisfacer sin bajar a tierra? La muchacha empezó a sentir agudos dolores. Ellos sabían que se trataba de algo grave, de algo que por sí mismos no podían resolver. Y entonces decidieron aterrizar y buscar a un cirujano. Escondieron el aparato en una barranca y salieron a la carretera. Un automóvil acertó a pasar por allí, el del señor Granger. Lo hicieron detener, le dieron quizás un golpe en la cabeza, lo dejaron escondido el algún sitio atado de pies y manos y vinieron en el automóvil hasta aquí. Luego que ella fue operada el hombre se propuso regresar a su platillo volante... pero no pudo llegar hasta él. Quizás con las prisas, viendo que iba a amanecer, el hombre quiso correr demasiado y se precipitó por un barranco matándose. ¡Jamás pudo regresar a donde le esperaba el platillo volante! Y esa y no otra fue la razón por la que nadie intentó volver a la máquina desde que el señor Lester y sus indios se pusieron a vigilarla.

Los policías, Rita y el superintendente se miraron unos a otros con expresión estupefacta.

Y en el breve silencio que siguió a las palabras de Arthur Welby escuchóse el zumbido de un motor de automóvil de gran potencia seguido del estampido de dos rápidos disparos.

CAPÍTULO VIII

Como un solo hombre, Lester, Mackinley y el policía que acompañaba a éste último, se lanzaron a la calle.

Pero apenas salidos por la puerta de la escuela nacional tuvieron que retroceder apresuradamente y pegarse contra el muro para no ser atropellados por un rugiente automóvil que venía lanzado contra ellos como un monstruo voraz de coléricas y encendidas pupilas.

Arthur Welby vio pasar como una ráfaga la carrocería blanca y negra de un potente coche policial y, en el mismo instante, oyó al sargento que aullaba:

—¡Maldición, nos ha robado el automóvil!

Y saliendo al centro de la calle, tirando de la pistola que llevaba al cinto, Mackinley extendió el brazo y disparó tres veces contra la roja pupila del piloto trasero del coche que se perdía entre una nube de polvo.

Un policía que llevaba la negra camisa llena de polvo, la cabeza descubierta y la cara llena de sangre, llegó corriendo agitadamente. En la mano llevaba un revólver.

—¡Maldito sea, O'Brien! —vociferó el sargento dando una rabiosa patada en el suelo— ¿Cómo dejó que le robaran el coche?

—Fue esa muchacha del sanatorio —dijo O'Brien entrecortadamente—. Yo me encontraba ante la casa apoyado en la portezuela del coche cuando me pareció oír rumor de pasos a mi espalda. Me volví, apenas con tiempo para ver a esa chica que estaba acostada en una cama de la enfermería. Ella me dio en la frente con algo duro que llevaba en la mano y caí al suelo desvanecido. Cuando me espabilé al cabo de unos segundos fue para ver como el coche arrancaba. Disparé y...

Welby interrumpió al agente con un seco ademán.

—¿Estuvieron ustedes en la enfermería antes de venir aquí? —preguntó. El sargento contestó irritado: —¡Claro! Fuimos buscándole a usted. La enfermera nos dijo que no estaba usted allí. Le enseñamos la fotografía del señor Granger preguntándole que si era el mismo que llegó acompañando a la chica y...

—¿Dijeron en alguna ocasión que el cadáver encontrado entre los restos del automóvil no era el del señor Granger?

—Sí... Creo que sí.

—Ella debió oírles. ¡Y estamos perdiendo el tiempo aquí! —chilló Welby. A lo que contestó el sargento:

—¡Oh, no hay que preocuparse demasiado! No podrá ir muy lejos en esa dirección. La carretera no tiene ramificaciones hasta Marble Canyon. Y cuando llegue allí se encontrará a alguien esperándola. Todo es cuestión de utilizar el teléfono.

—¡Naturalmente que no irá muy lejos! —gritó Welby— Ella nunca ha pensado alejarse más de quince kilómetros de Cedar Ridge. Todo lo que se propone el llegar hasta el platillo volante. ¿No comprende?

—No mucho, la verdad. El platillo volante ¿no está rodeado de un cinturón de centinelas del ejército?

—Es muy probable que la tripulación del platillo posea medios para destruir su máquina a distancia en el caso de que ésta cayera en manos extrañas. Tal vez tengan escondidas en alguna parte armas poderosas que dejaron allí antes de robar el automóvil. Ella sabía que el platillo volante está custodiado por fuerzas del Ejército, mas no debió preocuparse mucho por la suerte que pudiera caberle a la máquina en tanto creyó que su compañero seguía vivo y merodeando por aquí. Confiaba sin duda en que éste podría destruir el platillo en el momento que quisiera... por ejemplo, cuando hubiera perdido toda esperanza de rescate. Pero ella sabe ahora que su compañero ha muerto y jamás podrá aniquilar la aeronave. Por lo tanto debió decidir sacrificarlo ella misma... a menos que posea medios para arrebátárnoslo y escapar con él.

—Entonces ¿a qué esperamos? —gritó el sargento—. Hay aquí automóviles de sobra para seguirla. ¡Vamos por ella!

El grupo echó a correr hacia el inmediato campamento militar. De los barracones y las tiendas de campaña iban saliendo hombres a medio vestir que miraban alarmados a todas partes. Un oficial del Ejército, seguido de un piquete armado, salió al encuentro de los policías. El sargento explicó entrecortadamente lo ocurrido y añadió:

—¡Llamen por teléfono o radio a las fuerzas que guarnecen el platillo volante... pónganles sobre aviso. Nosotros la perseguiremos.

—Tomen ese jeep —indicó el oficial. Uno de los agentes saltó al volante del coche. Mientras ponían el motor en marcha el sargento ocupó el asiento contiguo. El policía ensangrentado y Welby se encaramaron al posterior. El automóvil arrancó con brusquedad.

El campamento, bajo la rosada claridad del alba, se animaba con grito estentóreos, rumor de carreras, zumbidos de motores y estridentes toques de clarín.

El jeep gruñía carretera arriba adelante con el conductor doblado sobre el volante y los pasajeros asidos a sus asientos. El frío aire de la mañana cortaba los rostros de los cuatro hombres como un cuchillo.

—¿Dónde cree usted que se detendrá esa mujer? —pregunto Mackinley volviendo a medias su rostro hacia Welby.

Y el joven cirujano contestó a gritos.

—Supongo que veremos su coche abandonado en alguna parte, a menos que intente llegar hasta el mismo platillo volante por la carretera recién abierta.

Los hombres guardaron silencio. Welby miró hacia atrás comprobando que eran seguidos por una caravana de desenfrenados automóviles jeep del Ejército.

Trató de imaginar lo que sentía aquella hermosa joven que, perseguida como un animal dañino, huía doblada sobre el volante de su potente automóvil terrestre. ¿Cuál serían en aquel instante los pensamientos de un ser humano que, solo en un planeta desconocido y extraño, veía cerradas todas las puertas de un posible escape?

¿Se propondría llegar hasta su fantástica nave en un intento desesperado? ¿Se resignaba quizás a la cautividad aniquilando antes su preciosa máquina interplanetaria? ¿O huía como un corzo asustado sin saber hacia donde, abandonando toda idea de escapar o destruir el aparato que la trajo aquí?

—¡Mírenla... allá va! —gritó el conductor señalando con un movimiento de cabeza una nube de polvo que remontaba la torcida rampa de una montaña.

Volviendo a sus reflexiones Welby se dijo que ya faltaba poco para salir de dudas. El empalme de la nueva carretera practicada por los geólogos del equipo minero de la Comisión de Energía Atómica no estaba lejos.

Welby se preguntaba en virtud de que milagro portentoso pudo restablecerse de su operación aquella mujer enigmática. La medicina del planeta que él creía haber descubierto podría haber alcanzado un grado de perfección equivalente al desarrollo de la técnica que distinguía al platillo volante.

Welby supuso que el falso señor Ganger, cuando fue a despedirse de la muchacha, puso en la boca de ésta o le entregó para que las guardara unas pastillas de virtud mágica. De eso se infería que los tripulantes del platillo no pensaban permanecer más de dos días en la Tierra, o quizás menos.

El jeep remontaba la pina cuesta que poco antes escaló el automóvil policial. Al llegar arriba y mirar hacia el tramo de carretera siguiente los tripulantes pudieron ver el coche de la fugitiva parado junto a la cuneta. Estaba a un kilómetro de distancia.

—¿Se ha detenido! —exclamó Welby— Eso quiere decir que abandona toda idea de llegar hasta el platillo volante.

—Tal vez ignora que ahora existe una carretera que conduce hasta él —insistió el sargento. Y señalando a una figurilla que corría por el desierto bajo la creciente luz del día añadió—: ¡Miren como corre!

El jeep invirtió menos de un minuto en llegar junto al inmóvil coche policial. Los cuatro hombres saltaron a tierra velozmente y O'Brien fue a asomarse a la cabina del auto abandonado.

—¿Se ha llevado la ametralladora! —anunció.

—¿Vamos? —gritó Mackinley. Y sacando el revólver de la pistolera saltó la cuneta y echó a correr a campo traviesa en persecución de la fugitiva.

Arthur Welby siguió a los policías sobre el escabroso terreno sembrado de matojos de artemisa y altos cactus. En este instante, tres cazas a reacción de las Fuerzas Aéreas pasaron sobre sus cabezas con estruendo marcando el cielo con otras tantas tenues estelas de humo.

Los cuatro hombres avanzaron doscientos metros sin ver a la fugitiva. En la carretera, a sus espaldas, se detenían dos automóviles jeep. Los soldados saltaron a tierra y, tocados de cascos de acero y armados de fusiles y ametralladoras, corrieron en persecución de los policías.

De pronto se escuchó el tabletear de una ametralladora. Las balas zumbaban por encima y alrededor de los cuatro hombres. Welby y los agentes se apresuraron a echarse al suelo.

Los cazas volvían. Volaban muy rápidamente a muy baja altura. Picaron disparando sus ametralladoras. Los proyectiles chirriaron peligrosamente cerca de Welby, el cual los vio dejando surcos de humo en el aire y levantando tolvaradas de polvo cien metros por delante. Una ráfaga de aire caliente les azotó el rostro cuando los cazas pasaron sobre sus cabezas con ensordecedor estruendo. Los aviones se alejaron y Welby saltó en pie. No era posible que la mujer extraterrestre hubiera podido escapar a aquel terrible ametrallamiento. Allá en el fondo, el doctor sentíase irritado ante la brutalidad de estos pilotos. No era muy elegante ametrallar a una pobre mujer desde tres aviones que volaban con la rapidez de proyectiles.

Los policías se incorporaron también y echaron a correr hacia donde todavía flotaba una nube de polvo. Su carrera fue dramáticamente

cortada por el seco crepitar de una ametralladora.

El sargento Mackinley se derrumbó allí mismo con la frente atravesada por un balazo. El otro agente salió dando traspiés y cayó también lanzando un gemido de dolor. O'Brien y Welby echaron cuerpo a tierra. La ametralladora enmudeció.

Welby se arrastró hasta Mackinley comprobando que estaba muerto. Profundamente impresionado se dijo que una ametralladora, al fin y al cabo, no perdía un ápice de sus mortales cualidades aunque estuviera empuñada por unas delicadas manos femeninas. Quizás lo mejor fuera que los aviones terminaran con ella, aun a despecho de pecar de inelegantes.

El agente herido, según pudo comprobar Welby, tenía un balazo alojado en el hombro. Se dispuso a vendárselo de alguna forma. Pero entonces pensó en la muchacha extraterrestre. La sospecha de que ésta tuviera escondidas armas de terrorífico y desconocido poder, le animó a seguir adelante.

Una herida en un hombro podía esperar. Pero si aquella extraña mujer llegaba hasta sus armas o hasta la máquina que podía hacer estallar el platillo volante, la vida de los millares de hombres que rodeaban al aparato y la región entera podían estar amenazados de algo tan espantoso como una deflagración atómica.

Welby recogió del suelo el revólver del sargento Mackinley, saltó en pie y corrió haciendo zigzag. O'Brien le siguió del mismo modo, pero sus precauciones resultaron inútiles. Nadie disparó.

La nube de polvo se disipaba con rapidez. Sobre las lejanas montañas asomaba el canto de un Sol al rojo vivo. Welby vio una silueta que se recortaba sobre el enceguecedor brillo del Sol y disparó contra ella. La figura desapareció.

—¡Cuidado! —advirtió O'Brien—. Esa chica sabe muy bien manejar la ametralladora.

Los cazas a reacción volvían en este instante. Welby y O'Brien pegaron el cuerpo al suelo. Pero los aviones pasaron sin disparar.

Mientras tanto seguían llegando automóviles cargados de tropa. Un grupo de soldados desplegaba a espaldas de Welby y O'Brien. En estos momentos, una idea obsesionante hizo presa en el joven doctor. Pensó que si los soldados llegaban antes que él hasta la mujer la acribillarían a balazos sin dilaciones. Y entonces quedaría conjurado un peligro

inmediato; el de la explosión del platillo volante. Pero otro peligro mayor, aunque todavía lejano, quedaría latente y escondido en el misterio que envolvía la procedencia de la nave interplanetaria. Jamás se sabría de donde vino ni las intenciones que llevaban los que la expidieran a la Tierra.

Arthur Welby necesitaba que alguien le confirmara sus sospechas acerca de la existencia de un planeta ignorado en el mismo Reino del Sol. Y el único ser que podría darle una seguridad era aquella mujer... VIVA.

Welby saltó en pie como impulsado por muelles.

—¡Agáchese! —le gritó O'Brien— ¿Se ha vuelto loco?

El doctor miró ante sí, atento al punto de donde pudiera sur gir un disparo. Pero nadie disparó.

Entonces vio un bulto que se deslizaba hacia la derecha, y comprendió. La joven estaba en la zanja que formaba una de las numerosas barrancas que araban el desierto en todas direcciones.

Echó a correr en aquella dirección, con el corazón golpeándole bruscamente en el pecho.

De pronto, la cabeza de la mujer surgió de la zanja. Welby vio el rojo pestañear de la ametralladora y se tiró de bruces al suelo. Las balas levantaron el polvo ante su cara cegándole y clavándole en la piel pequeñísimas astillas de roca.

La ametralladora enmudeció. Welby levantó con precaución la cabeza y viendo que nada ocurría se incorporó de nuevo y corrió agachado hacia la torrentera.

Cerca ya del filo de la barranca se echó al suelo esperando ser saludado con una ráfaga de ametralladora. Pero la ametralladora había enmudecido definitivamente. Welby la encontró unos pasos más allá, en el mismo borde de la zanja.

Welby avanzó unos pasos más y se asomó a la zanja. Allí estaba la joven medio tendida de costado y manipulando en un aparatito del tamaño de una caja de zapatos con sus manos llenas de sangre. Respiraba con dificultad y parecía costarle un gran esfuerzo sostenerse en aquella posición.

—¡Deje eso! —le gritó Welby desde el filo de la torrentera apuntando con el revólver.

Ella levantó sus grandes ojos pardos y le miró. De pronto, la expresión de bestia perseguida que brillaba en aquellos ojos se transformó en un relámpago de odio y furor. Con una rapidez impropia de su estado alargó la mano hacia una pistola que se veía a su lado, junto con un lío que parecían ropas de un tejido metálico y brillante.

—¡Quieta! —grito Welby.

Ella se detuvo con la mano sobre la culata de la pistola. Miró de nuevo a Welby, y la llama furiosa que brillaba en sus hermosas pupilas se extinguió de repente cediendo el paso a una expresión de cansancio y tranquilidad. Inesperadamente exhaló un suspiro y rodó por el suelo.

Arthur Welby saltó al fondo de la cárcava, se arrodilló junto a ella y le tomó la cabeza entre sus brazos. O'Brien y los soldados asomaban en este instante por el filo de la barranca. Se quedaron inmóviles y erguidos.

—Rona... Rona —llamó Welby suavemente cerca del oído de la mujer. Ella abrió los ojos y le miró con tristeza.

—Váyase de aquí... doctor —murmuró—. Ha llegado usted tarde para impedirlo. Pude apretar el botón de ese aparato... y el disco... va a estallar dentro de algunos minutos.

—El disco... ¿es el platillo volante? —preguntó Welby con un nudo de ansiedad en la garganta.

—Sí... el platillo volante, como dicen ustedes.

Welby hizo una seña al oficial que acababa de llegar con la tropa.

—Creo que debería usted ponerse al habla con las fuerzas que hay cerca del platillo volante y advertirles que evacuen.

El oficial echó a correr en dirección a su automóvil, el cual iba provisto de emisor de radio.

—Rona —dijo Welby acercando su rostro al de la muchacha—. Ha sido usted una insensata huyendo de esta forma. Su identidad estaba descubierta, es cierto. Pero nada tenía que temer por nosotros. No le hubiéramos hecho ningún daño. ¿Comprende?

—No fue el miedo a lo que pudiera ocurrirme lo que me impulsó a escapar —murmuró la joven—. Tenía... ¡tenía que destruir mi máquina!

—¿Temía que nuestros hombres de ciencia descubrieran el secreto de sus motores?

Ella asintió con mudos cabezazos.

—Escuche, Rona —dijo Welby—. Sanó usted milagrosamente de la operación que yo le hice, pero toda la ciencia de su nación sería insuficiente para salvarla a usted ahora.

—Lo sé... Sé que voy a morir —murmuró ella—. Y una nube de tristeza empañó el brillo febril de sus bellas pupilas.

—Dígame de dónde procede usted, Rona. La muchacha sonrió débilmente.

—¿No quiere decirlo? —preguntó Welby—. Bien, no traicione su secreto. Pero déjeme al menos que yo lo adivine. ¿Está su mundo detrás del Sol... describiendo una órbita idéntica a la Tierra y siempre en oposición con ésta?

Ella le dirigió una mirada de asombro.

—Es allí donde está su patria, ¿verdad? No tema decirlo. De todas formas habrán de transcurrir muchos años antes que nosotros podamos ir allá.

—Sí —murmuró Rona quedamente—. Está allí... Doctor... sáqueme de este hoyo... déjeme mirar por última vez el Sol.

Welby la tomó en brazos, la levantó y la depositó en el filo de la torrentera, de cara al astro que subía sobre las montañas semejante a una gigantesca y encendida oblea.

La extraña visitante volvió sus grandes ojos hacia el astro del día. Se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos, súbitamente sufrió un estremecimiento y su morena cabecita rodó sobre el brazo de Arthur Welby. La luz se había extinguido en sus ojos.

—Ha muerto —murmuró Welby con voz ronca. Y le cerró los ojos.

La levantó entre sus brazos y echó a andar apresuradamente hacia los automóviles que estaban detenidos en la carretera. A medio camino se encontró con el superintendente Lester.

—¿Ha muerto? —preguntó Lester señalándola.

—Sí. Mirando al Sol detrás del cual gira su mundo. Yo tenía razón. Hay una segunda Tierra con una segunda Humanidad en nuestro

propio sistema planetario. Pero ayúdeme a llevarla hasta los coches. Ella dijo que el platillo volante haría explosión dentro de unos minutos.

Los soldados corrían apresuradamente hacia sus coches. En unos instantes la caravana volvió a emprender la marcha, ahora tan veloz como antes pero de regreso a Cedar Ridge.

Sin saberlo, Welby había ido a parar al coche del oficial, aquel que estaba provisto de radio.

—¿Qué ocurre en las proximidades del platillo volante? —preguntó Welby. Y el oficial contestó:

—Parece que el platillo volante empezó a zumbar en el mismo instante que la chica apretó el botón de su aparatito. Los contadores Geiger han empezado a marcar grados peligrosos de radioactividad y se ha dado orden de evacuar aquello con la máxima rapidez.

—Esperamos que la gente que hay allí tenga tiempo de ponerse a salvo. Ahora, todos los ojos se volvían ansiosamente hacia el punto donde sabían se encontraba el platillo volante. Sin embargo, la caravana llegó a Cedar Ridge antes que ocurriera nada anormal.

En Cedar Ridge, dos policías montados en moto entraron en la casa de Welby cuando éste se encontraba curando la herida del policía herido.

—Hemos encontrado el cadáver del verdadero Charlie Granger —informaron los agentes—. Estaba escondido en un hoyo cerca de la carretera cubierto con algunas piedras.

Lester miró a Welby haciendo una mueca.

—Esa mujer interplanetaria hizo muy bien en morir, después de todo. Cualquier tribunal terrícola la hubiera condenado acusada de complicidad en el asesinato de ese pobre señor Granger que tuvo la fatalidad de encontrarse con unos seres extraterrestres cuando volvía tranquilamente a su casa.

Welby no contestó. En estos momentos la Tierra temblaba como sacudida por un terremoto. Y unos segundos después llegaba la onda sonora con unas largos truenos y un violento huracán que arrancó de cuajo las techumbres de Cedar Ridge, se llevó volando el campamento de lona y arrastró barracones, vehículos y personas entre una gigantesca nube de polvo.

Antes que hubieran pasado totalmente los efectos de la explosión, el

doctor Arthur Welby estaba preparándose para atender a los centenares de heridos que no tardarían el llegar.

FIN